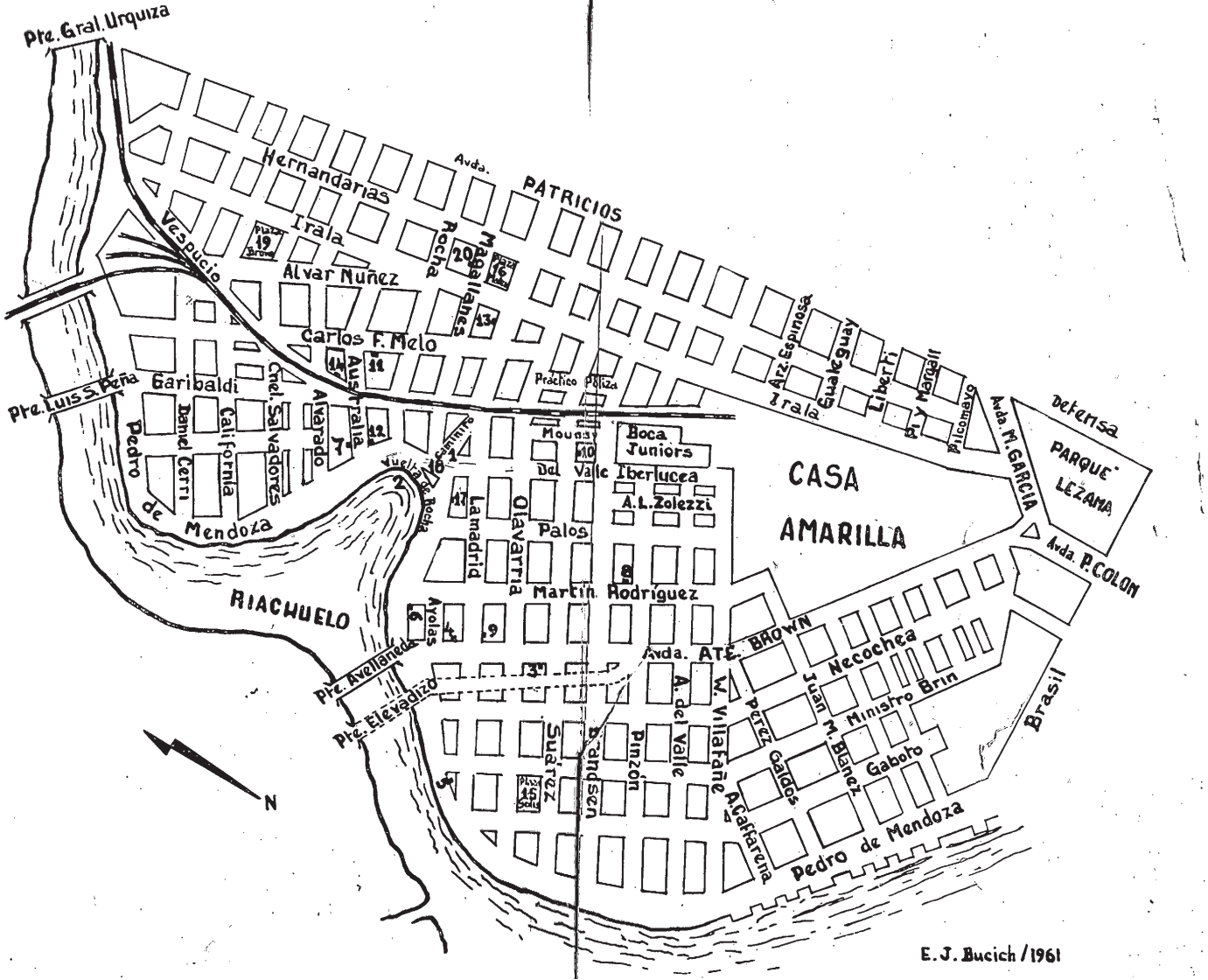
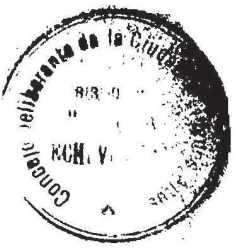

Pte. Gral. Urquiza
Hernandarias
Avda.
PATRICIOS
Irala
Rocha
Magallanes
Vespucio
Alvar Nuñez
Carlos F. Melo
Garibaldi
Pte. Luis S. Peña
Gral. Salvadores
Daniel Cerri
California
Pedro de Mendoza
Australia
Almirante Brown
Yrigoyen
Vuelta de Rocha
Boca Juniors
Del Valle Iberlucea
A.L. Zolezzi
CASA AMARILLA
Lamadrid
Olavarria
Palos
Martin Rodriguez
RIACHUELO
Ayolas
Pte. Avellaneda
Pte. Elevadizo
Avda. ATE. BROWN
W. Villafañe
A. del Valle
Suarez
Pinzon
Solis
Juan Diaz de Solis
Perez Galdos
Juan M. Blanez
Ministro Brin
Gaboto
Brasil
Avellaneda
Pedro de Mendoza
Arz. Espinosa
Guaikuruy
Liberti
Pte. Y Marcelli
Pueyrredon
Avda. M. GARCIA
Defensa
PARQUE LEZAMA
Avda. P. COLON
Francisco Rodo
Prachico Pueyo
N
E. J. Bucich / 1961



CUADERNOS DE BUENOS AIRES

VII

MUNICIPALIDAD DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Intendente Municipal

General de Brigada (R.E.) D. MANUEL IRICÍBAR

Secretario de Cultura

Dr. ALBERTO B. OBLIGADO

Director General de Cultura

D. RICARDO FREIXÁ

Director de Bibliotecas

Dr. JULIO RAÚL LASCANO

CUADERNOS DE BUENOS AIRES

XIV

MUNICIPALIDAD DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Intendente Municipal

HERNAN M. GIRALT

Secretario de Cultura y Acción Social

LUIS M. CAMPOS URQUIZA

SECRETARIA DE CULTURA Y ACCION SOCIAL

DIRECCION DE BIBLIOTECAS PUBLICAS
Y DE PUBLICACIONES MUNICIPALES

Director

OSVALDO HORACIO DONDO

CUADERNOS DE BUENOS AIRES
XIV

ANTONIO J. BUCICH

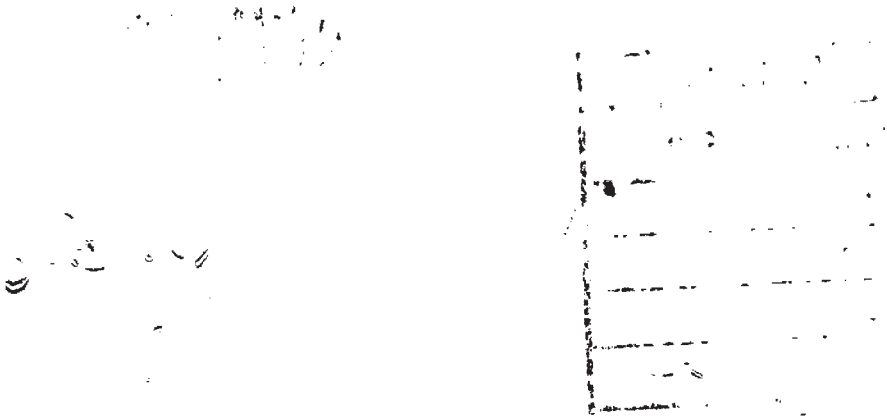
LOS VIAJEROS DESCUBREN LA BOCA DEL RIACHUELO

H. C. D.
Nº DE INVENTARIO C1020
UBICACIÓN 21-1125
INGRESO 16.11.84
MATERIA

ANULADO
BIBLIOTECA ESTEBAN ECHEVERRIA
Nº DE INVENTARIO 15611
UBICACION XVI 150 (11)
FECHADO ANALITICO 30-10-6

BUENOS AIRES

BIBLIOTECA MUN. E. ECHEVERRIA - PERU 130



Queda hecho el depósito que marca la ley.

A mis padres,

AQUILES J. BUCICH y

MARÍA EUGENIA ZOLEZZI

DE BUCICH

—hijos de laboriosos inmigrantes—, que sellaron en la alianza del amor el porvenir de una descendencia para siempre argentina.

INDICE

La Boca entra en la Historia 9
En torno a la primera fundación 11
Presencia del Riachuelo en la lejanía 13
Los viajeros se asoman al paisaje 18
Un punto de destino 20
La Boca queda en las páginas descriptivas 22
Llegan los inmigrantes 23
¡Viajar a La Boca! 25
En 1830 30
Epoca de Rosas: Marmier en La Boca 31
Una peregrinación a La Boca 34
En 1866: *un barrio marítimo* 36
Fisonomía boquense en el 80 39
Voces itálicas en el Riachuelo 42
Las observaciones y experiencias de Resasco 45
La Boca, fin de siglo 48
Un suburbio vastísimo 52
El genovés y la atracción del mar 53
Las luces del siglo XX 56
Un lente obscuro 60
En el Centenario llega Cesarina 62

I

LA BOCA ENTRA EN LA HISTORIA

RUY Díaz de Guzmán trae a la crónica al Riachuelo. Es él quien le otorga más alcurnia histórica en el debate sobre la fundación del primer Buenos Aires. Otros lo mencionan, pero sin designarlo con exactitud. *Río pequeño* lo llama ese bávaro —fantasioso y locuaz—, que es Ulrico Schmidel. O sino, aún lo recuerdan por sus características, diversamente: Riachuelo de Barracas, Riachuelo de los Navíos. O simplemente, Río de Buenos Aires [1]. Pero está en los relatos de la Conquista y en la prosa de los litigios. Lo sabría, esto último, muy para su desdicha, León Pancaldo, a lo largo de las instancias del pleito que le entablara a Don Antón López de Aguiar. O sino, aparece todavía en las peticiones que desde este suelo se dirigían a la remota metrópoli, formuladas por los expedicionarios olvidados, que enviaban cuartillas tras cuartillas en pos del favor real. Siempre se lo cita como punto de referencia geográfica. En sus quietas aguas, al resguardo del *río color de León* —tal lo llamaría Leopoldo Lugones al Plata— las naves pueden aguardar. Ahí quedaron ancladas. Algunas hasta encallaron. El Riachuelo es abrigo y esperanza para los viajeros del mundo.

Corre desde la lejanía pampeana para desembocar en el río de la Plata. Más de doscientas mil hectáreas abarca la cuenca

[1] El Riachuelo de La Boca, y esta es una de sus tantas denominaciones, ofrece una variedad toponímica extensa. Incluye ésta, además del nombre enunciado, los siguientes: Río de los Querandíes, Río de Matanzas, Río Pequeño, Río de Buenos Aires, Riachuelo de Barracas, Riachuelo de los Navíos, o simplemente Riachuelo. Así se lo menciona en las historias, crónicas, memorias y otros documentos. Este recuento lo hace EDUARDO PINASCO en su obra *El Puerto de Buenos Aires en los relatos de veinte viajeros*, Buenos Aires, 1947.

del Riachuelo desde los partidos de Cañuelas y Las Heras hasta el estuario. Forjan esta comunicación hidrográfica los arroyos Morales, Los Pozos y Matanzas. En sus bordes se levantan comunidades industriosas, que han vencido las dificultades creadas por sus frecuentes desbordamientos. Colectividades que han realizado su propia obra, pese a los elementos adversos de la naturaleza y a la inercia y la indiferencia de la política, remisa en acudir —con intensidad— a la elaboración de ese progreso, impuesto por el tesón de sus habitantes. Tras este tesón vinieron —después— las construcciones definitivas.

En el misterio insondable de los siglos se opera el proceso trastrocador de la formación geológica del terreno, y es Florentino Ameghino quien aparece con su sapiencia acuciosa para explicar los estratos prehistóricos de esta tierra baja y anegadiza y el nacimiento y el desarrollo de la vía fluvial sobre cuyas orillas, andando el tiempo, afincará una sociedad emprendedora. Dejemos que sea Ameghino quien nos diga sobre esta composición ignota de este lecho acuoso del río de la Matanza, llamado Riachuelo. "Cerca de su embocadura —escribe— ha formado en su fondo un depósito de lodo que alcanza en algunos puntos un espesor de más de diez pies, y puede decirse además que todo el bajo de Barracas es obra suya". Afirmación precisa es la de Ameghino: esta localidad, Barracas, estuvo en tiempos pasados ocupada por el estuario del Plata, "que formaba ahí una bahía bastante profunda". Y añade esta información no menos precisa: en ella desaguaba el río de la Matanza [2].

Algunas referencias no menos interesantes nos ofrece el sabio hombre de ciencia. Apunta, asimismo, que los señores Reid, Moreno y Zeballos han encontrado bancos marinos sobre las orillas de la Matanza, a más de cuatro leguas de su embocadura. Y señala un hecho que surge de la observación de las condiciones topográficas de la zona adyacente —la embocadura en el Plata, conocida con el nombre de Riachuelo de Barracas— a ambas orillas del río: las profundas desviaciones de nivel que se registran en la extensión de su curso, correspon-

[2] FLORENTINO AMEGHINO: *La antigüedad del hombre en el Plata.* Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1918.

diendo la parte más baja a lo que se conoce —dice Ameghino— por bañados de Barracas, Flores y Matanza.

El Riachuelo tenía primitivamente un trayecto sinuoso, con virajes y festoneos imprevistos. Curvas y rectas se sucedían en los kilómetros de su travesía por el valle de Matanzas hasta llegar a esos lugares —pantanosos pero fértiles— que bordea la meseta, "cubiertos de pajonales espesos y cangrejales movedizos y traidores".

II

EN TORNO A LA PRIMERA FUNDACIÓN

En torno al pródigo tema de la primera fundación de Buenos Aires —el pueblo y puerto de Santa María del Buen Aire, que tal es su denominación real—, se han agitado argumentos de opuesta contextura histórica. Así, se han traído a colación antecedentes marítimos, actas, epístolas, diarios de viaje, reglamentos administrativos que venían al caso, referencias a modalidades y procedimientos usuales para estas circunstancias, todo copiosamente, para afianzar tesis y dar asidero a contradictorias conclusiones en quienes examinaron las dos caras del Riachuelo. Una de ellas, la propicia a aquellos que vieron en él campo adecuado para merecer las preferencias del Adelantado Don Pedro de Mendoza. Y la otra, la que alienta a los que sumaron desdenes sobre desdenes al mirarlo —y tantos que hasta llegaron a calificarlo de inseguro y aun a denominarlo, apenas, con las palabras de "mísero puerto". Hasta "orilla pantanosa, desolada y triste" se le consideró. El debate no ha terminado, pues no existe documentación directa que precise positivamente la ubicación del asiento ríoplatense de esta

aventura del doliente conquistador, que vivió postrado por el mal gálico y prescindió de formalidades corrientes en actos similares de esa época. Las ideas, conjeturas y explicaciones abundan.

Autores hay, no obstante esta atmósfera neblinosa, que han avanzado terminantemente en la aserción de que es La Boca del Riachuelo —el Riachuelo propiamente boquense, no el cauce angosto que se extendía frente a la barranca del Alto, hacia el norte— donde aquel día canicular de febrero de 1536, el Adelantado erigió la población hispana. Y es cabalmente Díaz de Guzmán con su mención tan tenazmente analizada a través de los años, quien brinda para este objetivo el más usual y recogido de los fundamentos a los sostenedores del emplazamiento en la zona ribereña de La Boca.

En nuestros días el historiador Raúl A. Molina ha aportado una nueva interpretación que reposa en el descubrimiento de una descripción del puerto de Buenos Aires, que figura en el informe de cuatro pilotos portugueses y del italiano Bachio de Filicaya, elevado en 1626 al gobernador Don Francisco de Céspedes. En este documento se anudan referencias en torno a la geografía del lugar y en ellas se alude al Riachuelo de los Navíos. En él se dice que frente a la ciudad "hay un banco de arena que se prolonga desde el Riachuelo de los Navíos, que es abajo de la ciudad un cuarto de legua, hasta lo que llaman de Palermo". Luego se habla de los pozos que "sirven de surgidero", uno de los cuales es el de "la Boca del Riachuelo, donde se inviernan los navíos, que es un estero que tendrá de largo su principio diez leguas y ancho muy poca cosa, capaz para muchos navíos de hasta 200 toneladas". Molina llega a fijar, de acuerdo con los estudios analíticos de la documentación y de los planos y dibujos de Schmidel y otros elementos, la fundación de Buenos Aires en el lugar que fue llamado en el siglo XVIII "los hornos de San Pedro". Y agrega que éste "es el lugar exacto". Conclusión que refuerza ahora [3].

[3] RAÚL ALEJANDRO MOLINA: *El antiguo puerto de Buenos Aires y el asiento de Pedro de Mendoza.* En *Historia*, Buenos Aires, año III, Nº 9. julio-setiembre, 1957.

Estos aportes de la investigación sobre la fundación de Buenos Aires y la formación de la "nueva Boca" del Riachuelo —que se refieren con detalle en la memoria del virrey Loreto a su sucesor Arredondo— parecerían al cabo de tanto disentimiento, movilizar novedosas deducciones sobre el litigio histórico del asiento del recinto de la ciudad de Mendoza. Pero no nos interesa tanto la cuestión, en sí. Pudo o no establecerse esa primitiva población en estos rumbos del "río pequeño" tan caro a los boquenses. Ya concurrirán al debate otros estudiosos y de este escarceo saldrá mayor luz. Mas, exacto es que no hay acta ni escrito acerca del nacimiento del primer Buenos Aires que decida resueltamente el pleito. Son trabajos, todos, que reposan —aparte el documento y la cartografía— sobre la autoridad reconocida de los autores e investigadores que quieren, con pruebas de variada calidad —y lo es de valor ésta que hemos mencionado— proyectar luz en una distancia envuelta en densos velos obscuros. Y definir una inquietud, tornarla afirmación. Esta que hemos traído a colación tiene robustez. Sin embargo en Historia nunca hay un proceso definitivamente cerrado cuando se anda y desanda por los senderos de la interpretación.

III

PRESENCIA DEL RIACHUELO EN LA LEJANIA

Esa es la presencia distante del Riachuelo, la de los atisbos y las intuiciones. Después el trazo va tomando forma. Sobre estas márgenes se desarrollan los sucesos que incorporan a la crónica y a la evocación un sitio hasta entonces ignorado, sin pretérito —pues el crujimiento geológico carece de hálitos hu-

manos y por ende de trascendencias episódicas. Es en este Riachuelo —ubíquese o no en él la primera fundación de Buenos Aires— donde los querandíes de las islas —ayudados por los charrúas, y no ignoramos el interrogante que sobre éstos se ha hecho pender, los chanás, otros aborígenes—, traban aproximaciones con los hombres de tez pálida que arriban en extraños bajeles y con esos "rayos" que siembran la muerte y con esas bestias que pronto llenarán la llanura de tropeles y, transcurriendo los días, de malones. La piragua no puede enfrentar al bajel, ni la flecha detener la obstinada tropa española. Sin embargo, el indígena dispone de sus extremos recursos y también sabe causar estragos en el invasor. El hambre —espantosa como pocas veces se vio— diezmó a los fundadores. De esta pesadumbre que asoló a Buenos Aires en sus comienzos dijo un mal vate, el arcediano Barco de Centenera: "la carne de hombre también — la comieron — las cosas que allí se vieron — no se han visto en escritura". Fue ésta la obra del terrible asedio que soportó, largamente, Buenos Aires. Con el hambre vinieron las plagas, las pesadillas, los odios, los crímenes, todos los infortunios que nacen de las pasiones de los hombres y de las destemplanzas de la naturaleza. Ruiz Galán defendió la embrionaria ciudad, ante las exigencias despobladoras de Irala, emplazado por el ajetreo curialesco de Alonso Cabrera. Y cuando se la abandonó, quedó en pie sólo un palo con una calabaza para indicar a quienes llegaran después, que allí estuvo un punto del destino de la Conquista, y que ese punto había quedado desmantelado por necesidades perentorias, inaplazables. Todos marchaban "río arriba", rumbo a Asunción. Pero volverían... Volverían...

¿Fue todo este trajín en el Riachuelo de la Boca? Paul Groussac se hace eco de la noticia de Ruy Díaz de Guzmán y hasta le da recinto a la fundación primigenia en la manzana que está a un costado de la Vuelta de Rocha [4]. Otros —Aníbal Cardoso, Enrique de Gandía, José Torre Revello, para citar unos pocos— la sitúan, en general, a alguna corta distancia, a media legua en todo caso, de este hilo de agua que atraerá la atención de los que gobiernan en la Colonia o a quienes les sucedan,

[4] PAUL GROUSSAC: *Mendoza y Garay*. Buenos Aires, 1939.

después de 1810. Lo cierto es que no queda ajeno el lugar a las andanzas de los conquistadores y a las de los que les siguieron en sus empresas. Cuando Don Pedro de Mendoza es una nombradía perdida en los años muy idos, vendrá otro soldado de estirpe distinta y de acciones distintas también, soldado de temple y templanza, a fundar otra vez Buenos Aires. Lo hará más lejos del Riachuelo de la Boca y observará formalidades y dará destino bien determinado a las tierras que le están próximas. Juan de Garay, un vizcaíno de recia estampa y de hechos firmes, mirará hacia este lugar donde en la época de Ruiz Galán —se cuenta— bastaba echar semillas para recoger siembra. Y al distribuir las tierras se adjudicará las de esta banda del Riachuelo al capitán Alonso de Vera. Eran —dice un autor— "pantanosas e inundables en sus orillas, pero fértiles y de excelentes pastos".

Fue el Riachuelo la esperanza de los navegantes tras las incertidumbres de las travesías. Lo diría Ruy Díaz de Guzmán con palabras laudatorias: "Mas la Divina Providencia proveyó un Riachuelo, que tiene la ciudad por la parte de abajo como una milla..." Este hijo de Alonso Riquelme de Guzmán, este nieto de Domingo Martínez de Irala, el primer historiador criollo del Río de la Plata, lo afirma sin vacilar. Más tarde, alrededor de esta noticia suya nacerán las más discordes aplicaciones. Pero hagamos sólo una observación: han pasado —cuando esto escribe Díaz de Guzmán— los años de Mendoza y Garay. Y el Riachuelo continúa siendo puerto de abrigo, acogedor. En su mansedumbre líquida estuvieron seguros los barcos. Sí, el Riachuelo tuvo orillas de anclaje. Los navíos —reposémosno en su apologista—, sí, "pueden estar sin amarrar con tanta seguridad, como si estuvieran en una caxa" [5].

Este es el bosquejo histórico del Riachuelo, la evocación de su engendro histórico y su ubicación en el tiempo diluído. Hay muchos derroteros y muchos caminos que nos conducen a un estudio más intenso del tema. Con un enfoque más dirigido hacia la zona boquense. Pero dejémoslo por ahora. Ahondando, exprimiendo los textos, recorriendo los trazos cartográficos, buscando en las entrelíneas, envolviéndose en el polvillo de los

[5] Ruy Díaz de Guzmán: *La Argentina.*

archivos, cuánta, cuánta noble menudencia para la identificación del luminoso indicio sería posible descubrir y sacar al aire. El paciente benedictino que se entregue a tal empeño, un día sin duda nos traerá el hallazgo y dará solemnemente el fallo, haciéndolo radicar en la pieza indestructible fruto de las vigilias y de sus búsquedas. Nosotros nos vamos a otros destinos. Los destinos de los viajeros que se asomaron al Riachuelo y a La Boca, la población que a su vera floreció. Y aún vive...

Porque sabemos, por ejemplo, que el Riachuelo está también en los relatos de los marinos y de los andariegos, de los hombres de ciencia y de los aventureros, de los curiosos que se acercaron a él, viniendo desde las rutas del mar o desde las callejuelas del Alto. Está Félix de Azara, está Tadeo Haencke... Está, entre otros muchos, Luis Antonio de Bougainville: y después, Arsenio Isabelle, y otro francés, Xavier Marmier. Y otros más estarán buscándolo para fijar sus rasgos y las impresiones que estos rasgos les sugieren. Y están las crónicas de los periódicos. La del "*Argos*" [6] que se refiere al primer ensayo de navegación a vapor en el Río de la Plata, realizada por el *Druit* —que llega desarmado a Buenos Aires y se lo reconstruye en un rudimentario astillero del Riachuelo y un domingo de noviembre de 1825, en tardo viaje, llega al puerto de San Isidro. Y la del *British Packet* [7] que en 1849 habla de lo que se ha hecho en el muelle del Riachuelo bajo la dirección del capitán del Puerto, don Pedro Ximeno y del ayudante mayor Campos, oficiales de ese punto de La Boca. "El muelle —informa el periódico— ha sido reparado y se le tenderá a una distancia considerable, hacia la boca del río." Y un puente cómodo y sólido y otro más facilitarán la marcha de toda clase de vehículos, en línea directa, a Barracas...

El Riachuelo —Boca, Barracas, Avellaneda, principalmente— es un emporio naciente. Ahí cargan y descargan balandras,

[6] En *El Argos de Buenos Aires*, de 16 de noviembre de 1825 se da noticia sobre este viaje, sin especificar el punto de partida.

[7] "Barracas —dice el periódico— es objeto de no poca importancia al comercio en aquel parage, cuando se toma en consideración el número de extensos saladeros situados a orillas del Riachuelo". *British Packet*, Buenos Aires, 28 de abril de 1849.

chalupas, queches; dejan o llevan maderas, leñas, cueros, plumas, pieles de la pampa, uvas de Mendoza, sebo, frutos del país. Ahí, en 1855, están instaladas empresas que prosperan, establecimientos navales, corralones de madera, saladeros, barracas, astilleros [8]. Hay pulperías. Y hasta un silgadero [9]. En 1857, un barco de ruedas de 60 toneladas realiza un curioso viaje de ida y vuelta desde la Vuelta de Rocha a la laguna de Chascomús, "para probar la navegabilidad del Salado".

Y seguirá afluyendo al Riachuelo el ajetreo mercantil. Y la inmigración —todas las razas laboriosas del mundo y entre todas, preponderantemente, la itálica— se volcará a sus orillas.

[8] En 1855 había en La Boca del Riachuelo un buen número de corralones que acopiaban madera. Entre otros pueden mencionarse los de Vicente Casares; Corti, Francischeli y Cía.; Juan y José Garay; Juan Torres.

[9] Se realizaba en La Boca del Riachuelo una faena original, propia de las riberas. En la margen sud y cerca de La Boca —escribe EUSEBIO R. GIMÉNEZ— "había una casilla que servía de habitación, rodeada de sauzales y juncos, y desde donde se abarcaban los panoramas de la Boca, Barracas, Isla Maciel y Río de la Plata. Sus propietarios eran viejos italianos —Pedro Garri, Luis Polianich y otros. La casilla formaba parte del silgadero". El significado de esta palabra lo explica Giménez. No figura en el diccionario español, dice. "Silgar tiene una acepción particular: hacer andar una embarcación por medio de un remo puesto a otro. Pero, añade, de lo que se trata en el Riachuelo es de otra cosa: hacer andar un buque por medio de caballos". El resultado, concluye, cualquiera sea el medio, es el mismo.

El *Silgadero* de la Boca había sido establecido en 1860. Había, también, un pesebre con varios caballos ahí. Funcionaba de este modo: "Desde ese punto se recibían por medio de señales los pedidos de los buques que no podían evolucionar por falta de agua o viento para entrar al puerto, a fin de que los cuartiaran. En seguida salía un jinete con dos caballos de alzada, como eran todos, y un largo lazo de cuero, el que se internaba en el agua hasta donde se podía hacer pie, ataba el lazo en el buque y lo arrastraba hasta el fondeadero". EUSEBIO R. GIMÉNEZ: *El Silgadero de la Boca del Riachuelo y la acción de nuestros caballos*, en la *Revista Americana de Buenos Aires*, Nº 69.

JUAN CANTER proporciona otras informaciones de interés sobre el *Silgadero* en *Aquí Está*, año XI, Nº 1055, de 27 de junio de 1946.

Un día, allá, en 1536, Don Pedro de Mendoza, marchito por la fiebre y el dolor, divisó unas tierras cenagosas, de pajonales espesos, de sauces llorones. ¡Era el Riachuelo de los Navíos!...

IV

LOS VIAJEROS SE ASOMAN AL PAISAJE

Desde que Ulrico Schmidel —primer historiador, presuntivamente hablando, del Río de la Plata— trazara la inaugural biografía, vaga, confusa, de la extenuada ciudad —¡oh! ¡pompa del título; escasa traza, real, de villorrio!—, de Don Pedro de Mendoza, hasta nuestra época de rascacielos innúmeros, muchos viajeros y aventureros, cosas buenas y malas, comunes u originales, unas veces escritas con mayor preocupación sensacionalista —de lo que se le atribuye intención al mismo Schmidel— que con un propósito de extender una exposición fiel y veraz, dijeron de este lugar boquense donde anclaron nuestros antepasados con sus sueños y ambiciones después de peregrinas andanzas.

La Boca del Riachuelo tiene ahora fama adquirida. Ya la tenía como lugar de leyenda en los albores del primario Buenos Aires. Se la mencionaba en el transcurso de las historias y de las crónicas. Se grabó de entrada en la memoria de los marinos y se la recordó constantemente como lugar apropiado de resguardo para los navíos que llegaban de los mares cargados de esperanzados nostálgicos y, al par, ansiosos de meterse cuanto antes en las rutas ignotas de América, de la América cargada de sorpresas.

Esta tierra baja y anegadiza del Riachuelo acogió a los hombres del Adelantado y el debate está, desde entonces, abierto. ¿Se quedaron? ¿Subieron la cuesta cercana del actual Par-

que Lezama? ¡Quién sabe! Las hipótesis, las conjeturas, las suposiciones —repetimos— se han desenvuelto, en diverso tono, en torno al asunto. Pero aquí hubo un trajinar de expedicionarios hispanos, de cualquier modo. El tiempo ha dejado todavía en curso el interrogante. Penumbras que no se desvanecen.

Un observador sagaz como Adolfo Posada— autoridad de persistente recordación en los anales universitarios— visitante de Buenos Aires en 1910, en su libro *La República Argentina-Impresiones y comentarios*, aparecido en Madrid en 1912, al referirse al puerto de Buenos Aires y a su expansión ulterior, estampó una frase que debe ser grata a los boquenses. Posada reconoció implícitamente la fecunda función engendradora de este nuestro Riachuelo al afirmar, sin titubeos, "Allá, en el Riachuelo, comenzó la vida".

Días y penurias se suceden en los siglos. La Boca vive. Ha surgido. Lucha por mantenerse como comunidad homogénea. Se acrecienta su fuerza económica. Y escribe, desde el comienzo, su historia. Es, acaso, el único lugar de la gran ciudad que, desde el primer día, tiene a su cargo su propia subsistencia. Pues está un poco al margen de los caminos urbanos y los tránsitos no son fáciles para acercarse a ella. Ya se lo verá en las impresiones y los relatos de los viajeros: La Boca es casi un punto remoto... a escasas cuadras —menos de treinta— del centro activo de la metrópoli.

Esta historia autónoma de La Boca, La Boca del Riachuelo para mencionarla mejor, es la consecuencia de ese aislamiento. Es ese aislamiento geográfico, esa casi ignorancia de su función trascendente en la vida misma de la capital toda, en que está de ella la mayoría de los habitantes de lo que llamaremos el Alto —y superamos en esta designación el límite de San Telmo para abarcarlo todo, la ciudad con nombre y renombre de urbe—, la que funda la presunción de la existencia —¡allá lejos!, ¡allá lejos!— de una comarca casi legendaria. Buenos Aires, la de los boquenses de los primeros tiempos —un poco después del ochocientos; un poco antes, ciertamente, de los años del Restaurador de las Leyes; más acentuadamente con el aflujo inmigratorio de las presidencias de Urquiza, Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Roca...—, es un foco misterioso, que se mira con prevención y que se pronuncia, por sus particularidades ét-

nicas y por sus peculiaridades de comarca marginal, entre comillas. Pues La Boca –y hay que insistir en este detalle, importante para apreciar la singularidad del caso–, no obstante su proximidad, está, se halla en la distancia remota para la gente que vive en las calles céntricas. Y, sin embargo, la Pirámide de Mayo está ahí no más. Pero ella, seguirá siendo hasta en la entraña del nuevo siglo, un ámbito exótico, rodeado de relatos y aun metida en una urdimbre maligna de enigmas que –lo hemos oído con frecuencia– en ciertos círculos que no se codean con la realidad, aun se mantienen.

V

UN PUNTO DE DESTINO

La Boca fue un "destino". Un punto de "destino". En algunos aspectos aún lo es. En épocas recónditas los ambiciosos llegaban a ella. Y se iban. Los había que se quedaban. Después, muchos, con más determinación, la alcanzaban para afincarse definitivamente. Así fundaron la arquitectura etnográfica del barrio.

"En invierno los caminos que conducían a Flores, Belgrano, Barracas o la Boca –y esta es referencia a los años iniciales de este siglo– quedaban intransitables y en los famosos pantanos perecían ahogados innumerables caballos". Así dice un evocador de estos pueblos que dentro de Buenos Aires tienen una historia autónoma. No en vano se forjaron por su propio denodado esfuerzo, venciendo la indiferencia, el olvido y aun la inoperancia de los gobernantes. Es que estaban situados fuera del perímetro urbano. Vivían de su mismo esfuerzo. Eran colmenas habitadas por hombres y mujeres hacendosos.

¡Sí! La Boca del Riachuelo fue un "destino", un "punto de destino". Sobre ella posaron los ojos los oteadores. En el instante del desbrozamiento, primero, cuando se abren los senderos. ¿No la había evocado con palabras que huelen a encomio aquel primer historiador criollo de estas tierras, descendiente de Irala? ¿No lo había dicho, muy dolido, como consolándose de los espacios vacíos y desolados que estaban a su vista, en este otro párrafo que vale todo un concepto al fin y sugiere toda una solución que palpita en la maraña histórica: "Mas la Divina Providencia proveyó de un Riachuelo..."? Vinieron después los sagaces —y los rutinarios también, que se aferran a aquello que otros, devanadores, investigan— a ensayar interpretaciones diversas merodeando alrededor de la frase. Pero la tesis de la ubicación boquense tuvo el aporte de un erudito, sabio como pocos y escudriñador paciente, y en éste, —en Paul Groussac— halló sostén. Y ahí anda —lo hemos escrito ya— el entrevero del debate.

Más tarde, cuando se buscaba un asiento para la permanencia estable volvieron a buscar los oteadores este horizonte. Tierra de suelo inundable, de vegetación tupida, expuesta a los fuertes vientos del río, podía acoger sólo a la gente de recio afán, capaz de todas las vicisitudes para mantener en pie sus moradas, modestas como ellos y como ellos siempre franqueadas a la hospitalidad, que era amplia, de mano limpia y abierta. Lo dirá alguno de los viajeros que a su espacio llegaron.

Apenas tomó fisonomía el barrio, La Boca del Riachuelo atrajo la atención de los extranjeros que arribaban a Buenos Aires. El Riachuelo invitaba a sus márgenes húmedas, cubiertas de frondas, donde abundaban el sarandí negro, el ceibo, las matas de penacho rojo... Por doquier se extendían los pajonales y flotaban a la deriva las balsas de camalote. En el valle florecía el duraznillo blanco entre ralos bosques de espinillo. Desde la barranca del Parque Lezama —más o menos a la altura de la punta de Doña Catalina, en las cercanías de Martín García y Paseo Colón— hasta las playas que se hundían en las aguas paulatinamente, podía divisarse La Boca primitiva. Yendo río afuera se la veía enverdecida por la presencia sempiterna de su árbol más frecuente, el sauce. Así la descubren los expe-

dicionarios desde las carabelas y muchos años después, los que vendrán con otro espíritu en la brújula de los derroteros, es decir los exploradores del porvenir, los inmigrantes, y si se quiere todavía, los trotamundos.

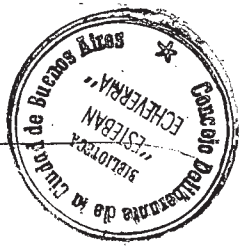
VI

LA BOCA QUEDA EN LAS PÁGINAS DESCRIPTIVAS

Los viajeros llegan y se van. Pero La Boca del Riachuelo queda en las páginas de las memorias o en los libros descriptivos o en las agendas de los excursionistas, que abundaban en el siglo de las luces, el siglo de los románticos y los realistas —coexistencias de un mismo cuño intelectual, si bien se mira ese tiempo bullente de ambiciones desmedidas y de individualismos sobreexcitantes que fue la centuria del XIX, y máxime en su apogeo de las últimas décadas. Aun mucho antes. Félix de Azara, ese sapiente investigador de la naturaleza americana, en lo que dijo de la capital del Virreinato, no olvidó afirmar que el único puerto posible de Buenos Aires era precisamente el Riachuelo, el Riachuelo de rumbo boquense por supuesto. Porque son inseparables ambas designaciones: la de comunidad que florece a sus orillas y la de hilo de agua que viene desde la lejanía de la llanura pampeana, a través del pago de la Matanza, para confundirse con el Plata.

¡Comunidad e hilo de agua! Ahí están, definitivamente unidas, a lo largo de la historia, que comienza cuando en los días el hálito humano pone penachos en el cielo. Ya Tadeo Haencke —un austro-húngaro que en 1795 publica una descripción del Perú, Río de la Plata y otras regiones sudamericanas— no ignora ese trozo del panorama bonaerense. Pues todos los que

llegan miran rápidamente hacia la costa sureña. Y esto, sencillamente porque la navegación tropieza con escollos y por ese lado parece posible solucionarlos. Y él, como otros lo dirán en el correr de los días y con la subsistencia del problema, consigna este juicio que es, a lo que se ve, concluyente: "...en cuanto a puertos Buenos Aires no tiene otro reconocido por tal que el del Riachuelo".



VII

LLEGAN LOS INMIGRANTES

Al comienzo del siglo XIX apenas si algunas pulperías se instalan en las proximidades, porque los tránsitos son más que difíciles en esa época. Todo está cubierto por la espesura agreste, espinosa, enmarañada. Y trabado se ve el andar por la humedad pantanosa, que detiene los avances y hunde en la tierra a hombres, bestias y cargas. Mas todo se resuelve porque hay voluntad que empuja y poco a poco se levanta sobre la greda el rancho aislado, el sembradío intermitente, la calle —o su remedo— zigzagueante, con sus pastos a los costados. Y entre todo esto, en el suelo que conoce los barcos y las zanjas, alguna casilla erigida sobre pilotes. Un día sigue a otro día en esta historia y estos son los días de la anonimia que va forjando, sin estridencias, silenciosamente, el mapa de un futuro donde el hombre cuenta. Hasta hay una obscura abnegación que no trasciende pero que deja huellas en el tiempo, porque al cabo de los años se advierten los frutos de la tenacidad. Y es en esta forma que se va reemplazando el terreno llano, vacío, con la colmena industriosa. ¡Cuántos años!

Estos inmigrantes que se están esparciendo en ese suelo escabroso, principalmente a partir de la cuarta década del siglo;

que van concentrándose en la Vuelta de Rocha, en las cercanías del llamado Puerto de los Tachos, y sobre las vías que conducen al centro, hicieron lentamente su obra [10]. Sobre el suelo cubierto de plantas espinosas fueron creando una comunidad. Y es ésta la que descubren los que llegan en tren de viajar. No resulta fácil hacerlo entonces. Pero esta es gente que escribe, es gente que observa, es gente que estudia. Exploradores científicos —a veces meros infatuados— o algo así como corresponsales de prensa adecuados a las modalidades de la época. Gente, pues, que busca; que sabe hurgar, siempre en pos de la nota original o del rasgo notable o de lo que, en su pensar, puede serlo. Lo que algo vale o significa por sí mismo, en fin. Y en casi todos ellos este descubrimiento de La Boca del Riachuelo —para concretarnos al tema— aparece como uno de los hallazgos más preciados en el itinerario. Porque la presienten como a algo que en el porvenir tendrá una función preponderante en el desenvolvimiento de la ciudad. Y decir de la ciudad es, sin duda, decir del país.

La Boca del Riachuelo está envuelta en un halo vaporoso. Se la ve desde el estuario, casi esfumada en un confín que tiene acentuaciones de colorido acuoso y silvestre. Alejandro Gillespie —capitán del ejército británico que efectuó la primera invasión de Buenos Aires— en su obra *Buenos Aires y el interior - Observaciones reunidas durante una larga residencia. 1806/07*, que se publicó en Londres en 1818, describe brevemente la lejanía boquense, la supuestamente remota lejanía boquense de espesos pajonales, de pantanos. Pero ya, en ese entonces, lejanía no sin voces. Porque algo había por aquellos días ahí. Y lo dice Gillespie, refiriéndose al Riachuelo: "tiene un astillero cerca de la boca". Una boca minúscula, con minúscula que se ase al porvenir.

[10] "La verdad es que La Boca y Barracas fueron pobladas por numerosos eúskaros emigrados. No fueron, por tanto, los italianos liberales y principalmente los genoveses, los únicos pobladores europeos de la Boca", afirma JUAN CANTER en el discurso pronunciado el 26 de agosto de 1945 en el acto de la inauguración de la placa fijada por el Ateneo Popular de la Boca en el atrio de la Iglesia de San Juan Evangelista al celebrarse el 75º aniversario de la creación del Juzgado de Paz boquense

VIII

¡VIAJAR A LA BOCA!

¡Llegar a La Boca! Todavía en los años de la Organización Nacional, cuando el país poseía ferrocarriles y se estaban construyendo las líneas tranviarias, parecía toda una aventura [11]. Alguien la llamó, a esa empresa viajera, un "peregrinaje". Y sin embargo no era tan distante su colocación en el paisaje si se la buscaba desde esa elevación histórica en la que el capitán Don Juan de Garay fundó en 1580 la que sería después la

[11] Los obstáculos para llegar a La Boca se señalan con frecuencia en los mismos documentos oficiales y en los cuerpos municipales el tema se debate, a menudo marginalmente, al pasar. En la sesión del 4 de marzo de 1887 el concejal Aleu, por ejemplo, al criticar la actuación del intendente Alvear le enrostra no haber ejecutado las ordenanzas "estudiadas con toda madurez por este H. Concejo" sobre diversos problemas de la ciudad. Entre éstos figuran el saneamiento de La Boca del Riachuelo y Barracas al norte y "la apertura de las barrancas que impiden el fácil tránsito entre el importante mercado de la Boca y el centro del comercio..." (*Actas del Concejo Municipal de Buenos Aires*, 1887).

Ya antes, en 1872, el concejal Emilio V. Bunge —primer concejal elegido por La Boca después de su autonomía jurisdiccional— denunciaba la falta de cuidado del camino a La Boca. Pedía que se aumentara el número de cuadrillas existentes que son cuatro, "fundándose en que estamos en la estación oportuna para la compostura de calles, y se hace indispensable desagotar pantanos que existen en la parroquia de San Juan Evangelista".

Por su parte el concejal Giménez afirmaba ese mismo año: "El camino de la Boca se encuentra intransitable y no obstante el peaje continúa cobrándose".

Todavía, agrega Bunge, que "en la Boca, los niños no pueden ir a la escuela municipal, a causa de los pantanos, lo que no sucede en ninguna otra".

En el camino que conducía a La Boca —atravesaba el "tragaleguas"— se cobraba peaje. El tema origina un debate en el Concejo. El concejal Roberts expresa lisa y llanamente en esa ocasión que debe suprimírsele

gran metrópoli argentina. Viniendo desde esa meseta hacia el bajo, hasta la intersección de Paseo Colón y Martín García —llamada durante muchos años, ésta, calle del "jeneral Brown", porque en ella, andando rumbo a la calle Larga de Barracas al Norte vivió, en una casa pintada de amarillo el almirante de las grandes hazañas marítimas y fluviales— había que seguir el rumbo al meandro de la Vuelta de Rocha, por esa ruta que se denominaría más tarde el "camino nuevo" —*u cammin nêuvo*— en el dialecto genovés— la avenida Almirante Brown actualmente. Por entonces ahí estaba, extendiéndose desde el Parque Lezama, el *tragaleguas* [12], que cubría toda la tierra abierta que sería de los Brittain [13], y alcanzaría hasta el límite de Wenceslao Villafañe, sitio éste donde un pequeño puente —y esto es mucho decir— permitía tener acceso al tramo urbanizado de la

---

totalmente "pues ha caducado el odioso derecho que tenía la Municipalidad de dificultar por medio de impuestos, la viabilidad pública en determinadas secciones del Municipio". El proyecto —presentado por los concejales Golfarini y Roberts y aprobado en la sesión del 25 de setiembre de 1884— disponía "la suspensión desde la fecha, del cobro del peaje en el camino de la Parroquia de San Juan Evangelista, denominado General Brown". (*Actas del Concejo Municipal de la Ciudad de Buenos Aires*, años 1872, 1884 y 1887.)

El "derecho de peaje" fue establecido por la H. Sala de Representantes de la Provincia de Buenos Aires el 19 de abril de 1834.

12 Al *Tragaleguas* de La Boca se alude varias veces en la documentación oficial y particular. Era una denominación de origen popular, pero en varias ocasiones se lo menciona como un lugar de la zona. Así, por ejemplo, en la sesión del Concejo Municipal de la Ciudad de Buenos Aires del 30 de junio de 1887 se habla —al tratarse la delineación de las calles boquenses— del "terreno conocido por el Tragaleguas en la Boca del Riachuelo".

13 Los Brittain se instalaron en el país en las primeras décadas del siglo. James Brittain tenía en 1819 una chacra en Barracas. Se le conoce como el introductor de las peras de agua en el Plata. Lo afirma Ricardo Hocc (*Cocktail de viejos recuerdos*, La Prensa, 23 de mayo de 1948).

Un Brittain aparece en el naufragio del *Agenoria*, en el que perdió la vida el poeta Esteban de Luca. En *"El Argos de Buenos Aires"* (Nº 21, de 31 de marzo de 1824) se alude al "caballero Brittain" y al "diario de su peregrinación en el *Agenoria*".

calle principal de la zona. El *tragaleguas* era algo así como un espacio que por aquellos años pretéritos encendía la fantasía de los boquenses. Entrar en él era aventurarse a lo desconocido. Y en este espacio enmarañado, casi inextricable, las distancias se tornaban idealmente inconmensurables. Todo en él era naturaleza y naturaleza desbordante, desordenada. En medio de este paisaje, acercándose al río, estaba la casa *del inglés*, que después sería de los Gossetti. La diligencia —y mucho más tarde el tranvía a caballo— atravesaba esta zona incógnita, tupida de una vegetación exuberante.

¿Cómo se viajaba? Con posterioridad a la batalla de Caseros estableciéronse en La Boca varias líneas de "ómnibus" [14]. Una de ellas, que partía desde la calle de Representantes (hoy Perú) esquina México, ligaba el barrio con el centro de la ciudad desde el 27 de febrero de 1856. Tres veces al día se cumplía este servicio que venía a corregir "una falta verdaderamente lamentable", como lo señalaba *La Tribuna* al comentar el

[14] Se pueden mencionar como antecedentes más conocidos de las líneas de *ómnibus* a La Boca el de la "diligencia" —"la nueva diligencia para la Boca"—, por consiguiente continuadora de otros medios de transporte de pasajeros, que partía de la calle de Representantes (hoy Perú) esquina a la de Méjico, fonda Española, desde el 27 de febrero de 1856. El autor consignó este dato en la *Guía de la Boca*, editada en 1956.

Dos años más tarde, el 25 de junio de 1858, la Comisión de Seguridad del Concejo Municipal de Buenos Aires, aconsejaba se conceda a don Pedro Pegué estacionar un "ómnibus en la calle Victoria entre Defensa y Reconquista para conducir pasajeros a la Boca.

Una concesión para el servicio tranviario —ya el ferrocarril había extendido sus vías en La Boca— fue acordada a don Santiago Calzadilla el 20 de julio de 1870. Los *ómnibus*, las galeras, incluso las de Tassara y Mariano Pastor, quedaban atrás. La concesión de Calzadilla fue transferida a los señores Zemborain hermanos. El trayecto que se le fijaba a la línea era éste: desde la esquina de Perú y Potosí, por la primera hasta la de Gral. Brown y después hasta La Boca.

Otra concesión fue acordada el 26 de septiembre de 1870 a F. y J. Lacroze. Iba por la calle Defensa, la línea, hasta la ribera, donde en Barraca de Peña se unía con la que iba a la Boca. Se le daba plazo para terminar la construcción de la línea hasta el 26 de marzo de 1872 y contraía la obligación paralela de adoquinar. Federico y Julio Lacroze transfirieron también esta concesión a Zemborain hermanos.

mensaje del Gobierno pidiendo autorización para convenir la construcción del ferrocarril de la Nueva Aduana a La Boca. "La idea no es nueva —decía el periódico— sólo la falta de capitales para una empresa semejante ha podido hacer que se carezca de una necesidad tan sentida ya desde mucho ha". Y agregaba: "El activo y laborioso pueblo de la Boca quedaría unido por ese medio con el centro de la ciudad, sin temor que las lluvias de la mala estación lo incomuniquen con la ciudad, como por desgracia sucede todos los inviernos" [15].

Después aparecerán las galeras de Tassara y de Pastor, que desde las proximidades de Brown y Lamadrid transpondrán los límites de la zona tomando el conducto del *camino viejo*, esto es, Necochea.

¿Cómo son estos carruajes, que usan en sus traslados los boquenses? ¿Los mismos "ómnibus" que tan enfáticamente menciona Hutchinson —ya iremos a él— qué carrocería tienen? Dejemos que una viajera —que algo dice, aunque ligeramente, sobre La Boca— nos los describa. Es ésta, Lina Beck-Bernard, autora de una obra cuya primera edición se publicó en París en 1864. Se trata de *Cinco años en la Confederación Argentina* que son los que van desde 1857 a 1862. Lina —una alsaciana que tomó afecto a nuestro suelo, como que escribió también varias novelas de ambiente argentino— exhibe el llamado "ómnibus" porteño —y boquense por añadidura— también conoci-

---

Una tercera concesión fue acordada a los señores Zemborain el 16 de septiembre de 1871.

Estos datos los registra la *Gran Guía General de Comercio*, Buenos Aires, 1874.

La línea a la Boca, —consigna Constancio Fiorito en *Vida del Ateneo* Buenos Aires, julio-agosto 1939— fue inaugurada el 1º de septiembre de 1870.

[15] El 18 de septiembre de 1865 se inauguraba el Ferrocarril de la Boca, Barracas y Ensenada. *El Nacional*, de 16 de septiembre de ese año, publica la noticia junto con el Aviso de la empresa.

Casi una década antes *La Tribuna* (1 de octubre de 1856) comenta la solicitud de autorización para conceder "a una empresa extranjera el permiso para construir un Ferrocarril de la Nueva Aduana a la Boca". Y añade: "la idea no es nueva, solo la falta de capitales para una empresa semejante ha podido hacer que se carezca de una necesidad tan sentida ya desde mucho ha".

do por "galera". Era un "gran armatoste", dice. "Tienen algo de la antigua carroza, montados sobre cuatro ruedas enormes. Lo único bueno que tiene el tal vehículo —explica— es que alzado de esa suerte, puede pasar sin inconvenientes los vados de los ríos y los innumerables pantanos de la campaña". Estaban enganchados a este singular carruaje seis u ocho caba-

Reproducción de un aviso ilustrado del periódico "La Tribuna" en su edición del día 10 de febrero de 1856

llos, "que tiraban de lado, sin pecheras, con sogas o trenzas de cuero crudo sujetas a las cinchas..."

Esta viajera, casi contemporánea de Hutchinson —digámoslo antes de encararnos con este minucioso rememorador de visiones exóticas, carente de vuelo literario —no dijo mucho acerca de La Boca. Pero la vió. Y no podía ser de otro modo en llegando a Buenos Aires. Y dejó registrado su nombre en las páginas de su libro. Como era usual en ese tiempo, Boca, Barracas, Riachuelo, son expresiones poco menos que sinónimas. Y así se lo cita a este "punto de destino", con frecuencia. Lina no podía escapar a la confusa designación, que deja de serlo cuando se advierte la causa geográfica que la origina. "Por un brazo del río Paraná (sic), la ciudad de Buenos Aires se extiende hasta un burgo llamado Barracas; ofrece el camino un aspecto muy alegre y original; hacia un lado se suceden praderas entrecortadas por calles de hermosos sauces a cuyos bordes se levantan casitas pintorescas construídas sobre pilotes, para defenderlas de las frecuentes crecidas del Río de la Plata".

Los medios de transporte van siendo superados pronto y los viajeros tendrán así más fácil acceso a La Boca. En 1865 se inaugura el Ferrocarril a la Ensenada. Las tres primeras estaciones no tardaron en funcionar. El viaducto terminaba en la

Casa Amarilla. En el *Almanaque del Siglo*, de 1867, se da noticia detallada de este ramal ferroviario. El ferrocarril, en efecto, llegó antes que el tranvía a La Boca. Por ley de 1868 fueron autorizados los tranvías en Buenos Aires. La primera línea a La Boca se libró al tránsito público en 1870. El 1º de septiembre de este año se abrió el trayecto comprendido entre La Boca y la Plaza Miserere. Fue su empresario el señor Federico Lacroze. Era una prolongación de la red que partía de la Plaza de Mayo. El recorrido carecía de complicaciones: extendíase por la calle Defensa, bajaba por Brasil y seguía por Brown hasta Pedro de Mendoza.

IX

EN 1830

Antes de todo esto, cuando la zona apenas acogía a los primeros núcleos estables, un viajero francés, Arsenio Isabelle, visitó La Boca [16]. Esto sucedió en 1830. Cinco años después publicaba en París un libro que tituló *Voyage a Buenos Ayres et porto Alegre*. Y en este libro Isabelle, que viviera cuatro años en la ciudad rioplatense, dedica varios párrafos al confín boquense, que entonces impresionaba —y atraía— por su aislamiento.

Lo primero que ve Isabelle al arribar a Buenos Aires es la costa, y en la costa, a lo lejos, "los sauzales de La Boca". Pero también ve, al aproximarse, "mil embarcaciones que se agrupan en el Riachuelo de la Boca, hacia el sur...". Habla en

[16] ARSENIO ISABELLE: *Voyage a Buenos Ayres et porto Alegre*, París, 1835.

ese libro, Isabelle, con el espíritu del que se aproxima a un sitio que le agrada, que despierta simpatías. "En el extremo de estas sabanas, de estas praderas rodeadas de sauces y de estos terrenos pantanosos que las aguas del Plata inundan y hacen intransitables con sus desbordes, se ven cantidad de mástiles empavesados y banderas nacionales y extranjeras: es el pequeño puerto llamado «La Boca del Riachuelo» o simplemente La Boca donde se reúnen casi todas las embarcaciones que hacen la navegación del Paraná y el Uruguay". También apunta Isabelle un hecho anunciador de futuras vinculaciones, un hecho que advierte sobre el afincamiento que se intensifica: un francés, M. Duportail, "ha hecho construir la única casa de ladrillos que puede observarse, encargándose también, con la autorización del gobierno, de hacer a sus expensas una calzada que si se lleva a buen término facilitará mucho los transportes y comunicaciones".

¡Casa, camino, barcos!... Así nace La Boca del Riachuelo, simplemente La Boca como la nombra Isabelle.

X

ÉPOCA DE ROSAS: MARMIER EN LA BOCA

Otro francés aporta novedosas informaciones sobre La Boca. —"La Bocca", la llama— durante la época de Juan Manuel de Rosas, hacia 1850 probablemente. En *Lettres Sur l'Amérique*, editada en París —dos tomos en los que se habla de Canadá, Estados Unidos, La Habana y el Río de la Plata— Xavier Marmier, escritor de estilo depurado y elegante, autor de abundosa producción, miembro de la Academia francesa a partir de 1870, ha dejado una de las obras más completas sobre el país argen-

tino al promediar el siglo XIX [17]. En los últimos siete capítulos de la obra desfilan el espectáculo vivo y las influencias trascendentales de la época, y por ahí emerge en prosa atractiva, ese lugar casi marginal del Buenos Aires de la Confederación del distintivo rojo hacia el cual Manuelita Rosas solía dirigirse, en alegre compañía para agasajar —esto era en la Isla Demarchi— a diplomáticos de jerárquica significación [18]. Es casi todo un capítulo el que dedica Marmier a La Boca. Contiene interesantes noticias. El puerto de La Boca, anota, está como a media legua de la ciudad, hacia el lado del sud. Allí los barquichuelos van a recoger los diversos productos de los saladeros para transportarlos a bordo de los buques fondeados en la rada. Una amplia ruta —estamos repitiendo palabras de Marmier— lleva desde Buenos Aires a La Boca. Como se observa, este es un punto aparte de la ciudad, no está incluído en su perímetro, tiene una autonomía natural, de hecho, que el viajero sagaz capta. Esta ruta, continúa explicando, atraviesa incultos y pantanosos terrenos, donde pastan bestias en libertad. ¡Y todo esto en apenas veinte cuadras! "En medio de este camino se alza un pilar con esta inscripción: "Puente de Rosas" [19]. Se trata de una "capa de ladrillos que recubría, a través del camino, un foso de pie y medio de ancho". Algo más lejos se hallan las pulperías que "permanecen abiertas hasta el alba

[17] XAVIER MARMIER: *Lettres sur L'Amerique, Canada, Etats Unis, Habane, Rio de la Plata;* París, Arthur Bertrand, Editeur.

[18] ANTONIO J. BUCICH: *Manuelita Rosas realiza un paseo de campo a La Boca;* en *Histonium,* Año VIII, Nº 96, mayo de 1947.

[19] Hacia 1870 la calle Brown —la actual avenida de este nombre— era llamada, en su primer tramo, "camino de la Boca". Este camino, con frecuencia citado en los debates y resoluciones del Concejo Municipal, se extendía desde los alrededores de la quinta de Horne, que en 1857 fue adquirida por Gregorio Lezama, hasta las proximidades de Alegría (ahora Wenceslao Villafañe) donde había un pequeño puente que era conocido con el nombre de Puente Rosas o Puente de Rosas. Así lo cita Xavier Marmier en su libro.

El *Camino de la Boca* atravesaba parte de los terrenos de Brittain, gran espacio de tierra que alcanzaba por el sur la calle Olavarría. Precisamente se registra en las Actas del Concejo Municipal, en 1865, la cesión de una fracción de terreno por los Brittain con destino a la iglesia de San Juan Evangelista.

para los cocheros y changadores, cuartujos de obreros, encerradas en un corral dentro de una fila de álamos". De este modo se llega a La Boca, al puerto de La Boca. "Está formado por un pequeño riacho que todavía lleva el nombre ilustre de Solis, (sic) desembocando en el río de la Plata". Después describe las casuchas de caña de bambú del Paraguay construídas al otro lado del Riachuelo, fijando su morada en la soledad de la orilla. "Pero del lado de la ciudad hay un movimiento muy activo y una sorprendente variedad de panoramas. El muelle de madera construído al borde del río está lleno de mercaderes atareados, mozos de cordel que desembarcan cargamentos de diversa procedencia".

Frente al puerto se levanta la aldea. ¿La aldea boquense de 1850, aproximadamente? Las casas están colocadas sin simetría, "con un profundo desprecio por la monótona regularidad de las ciudades. Hay allí una fonda y pulperías. Y aun una casita elegante, construída por un comerciante adinerado". Marmier nos ofrece —con este anuncio— una sabrosa noticia. Pues se refiere a un remoto habitante boquense que invertía sus ganancias en su propio suelo, allí, en el lugar donde las realizaba. No un pacato *nouveaux riche* que emigra, presuroso, del bullicio lugareño apenas se agranda su bolsa.

Trae Marmier, asimismo, una información que merece ser subrayada: en la zona reside una población laboriosa y económica, constituída por vascos franceses o bearneses. Cerca de la aldea —insiste en denominarla así —están los lavaderos de barracas y los saladeros, donde otros trabajan en la preparación para el comercio de los diversos productos que se obtienen de los animales. Todavía presenta una detenida explicación de las faenas que se desarrollan en los saladeros, es evidente, Riachuelo más arriba. Ha visitado, refiere, el del señor Cambaceres, ubicado a alguna distancia de la Vuelta de Rocha. Y nos habla, con lenguaje colorido, de las fiestas domingueras en el barrio más entrado de las barracas. El tema de las familias vascas y navarras no lo suelta. Aún vuelve a hacer algunos comentarios sobre esta presencia en la zona riachuelense, pues las ha visto —con reconocible agrado— radicadas en ese litoral.

XI

UNA PEREGRINACIÓN A LA BOCA

¡Lejanía boquense! Véase qué dice Tomás J. Hutchinson, cónsul británico en Rosario de un viaje, todo un arriesgado viaje a La Boca [20]. ¿Cuál es el punto de partida? Tal vez la plaza de la Victoria. Hutchinson, amablemente, con esa amabilidad propia de sus dobles actividades, diplomáticas y comerciales, invita al lector a que lo acompañe en su "peregrinación". Se instala en uno de esos "ómnibus" que describe Lina Beck-Bernard que parten a La Boca y regresan, diariamente, de ella [21]. Y llega a su destino. "Esta es la boca —hay una letra inicial minúscula, históricamente irreverente en el comienzo de la nota— como lo indica su nombre, del Riachuelo, en el cual todas las pequeñas embarcaciones de Buenos Aires, como en un canal, entran a recibir y dejar carga para y de los buques anclados en las radas".

El camino no se halla en buenas condiciones para el tránsito. El "ómnibus" sufre, con frecuencia, bruscas oscilaciones. Pero luego de haber pasado por un portón que conduce al vecindario, el viajero se ha encontrado "en una villa poblada de almacenes de todo aquello que puede necesitar el hombre de mar".

El autor trae a cuenta un símil literario para definir La Boca. Según él es "facsimile de la descripción del muelle de Quilp en la admirable narración del *Old Curiosity Shop*, de Dickens". Agrega que la proyectada línea del ferrocarril entre la Aduana y La Boca dará un buen resultado. "La Boca, propiamente así llamada, abarca ambas márgenes del río, desde

[20] THOMAS J. HUTCHINSON, *Buenos Ayres and Argentine Gleanings; with extracts from a diary of Salado Exploration.* In 1862 and 1863. London, Edward Stanford, 1865.

[21] El título del original del libro de *Lina Beck-Bernard* es *Le Rio Paraná. Cinc années de séjour dans la République Argentine.*

¡Sector de la Vuelta de Rocha hacia el año 1870. En medio de la construcción de madera se levanta una casa de material de dos pisos, presumiblemente de los Cichero, donde se hospedara el general Roca en ocasión de una visita al barrio. Sobre la orilla dos «silgadores» se preparan para su tarea''.

su entrada hasta el puente de Barracas en una extensión de tres millas". Comenta Hutchinson que a lo largo de sus riberas el embarque y desembarque de cargas, como la construcción y reparación de botes, se hacen con intensa actividad. Este británico, como el francés Marmier, registra las peculiaridades laboriosas típicas del lugar y le reconoce a éste un origen netamente marinero. Los rudimentarios astilleros están ya en la entraña misma de la industria lugareña, como lo están los trabajos conexos con las faenas del barco, las changas miles que a él se vinculan [22].

En otras andanzas se alarga el itinerario sureño de Hutchinson. Su curiosidad no se detiene en las riberas de La Boca. Penetra —igual que Marmier— en los virajes del Riachuelo y va en busca de las escenas del saladero. Más allá de Barracas visita uno de esos establecimientos, instalado a alguna distancia del puente de Barracas.

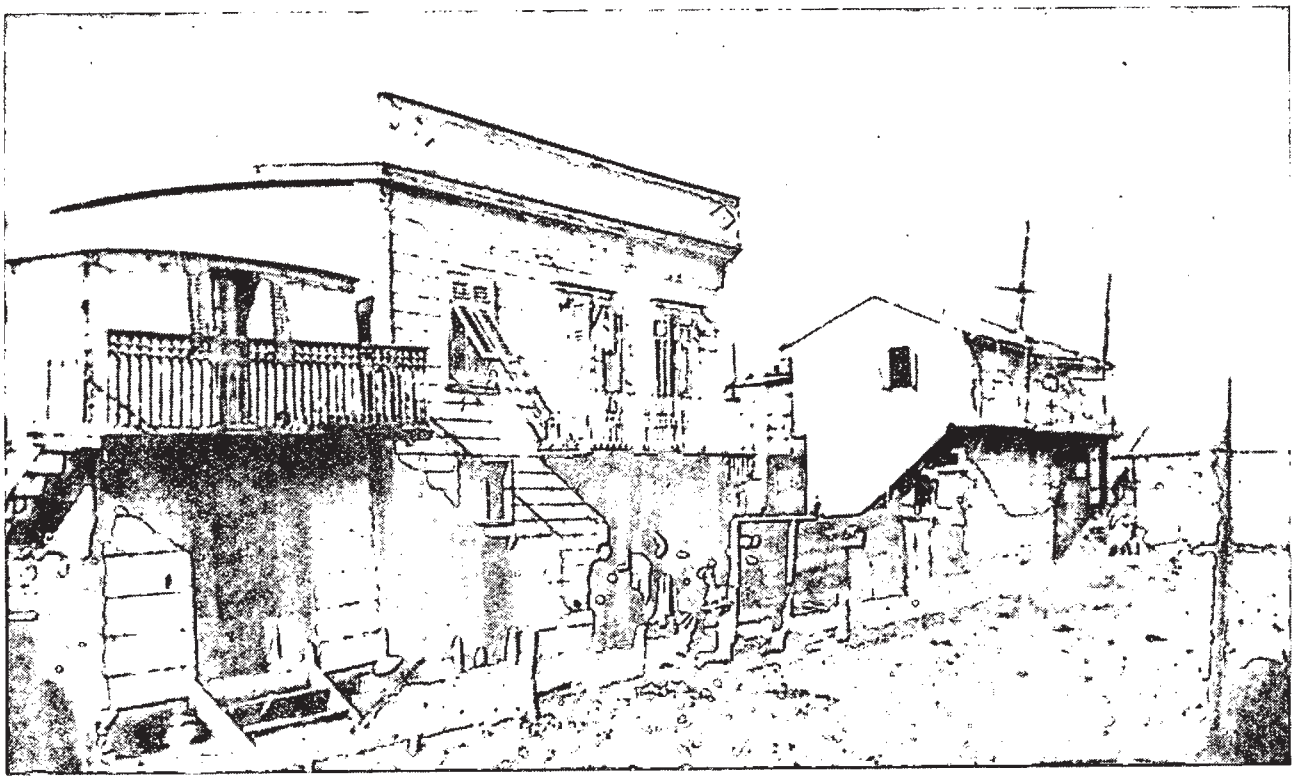
XII

EN 1866: UN BARRIO MARÍTIMO

Contemporáneamente —estamos en 1866— aparecía en Madrid una obra de Lobo y Riuvadets, titulada *Manual de la navegación del Río de la Plata y de sus principales afluentes* [23].

[22] Astilleros hubo en todo tiempo en la Boca del Riachuelo. Ha sido una de las industrias más activas de la zona. En el siglo pasado se instalaban sobre todo en la orilla de la Isla Maciel o en los terrenos pantanosos de las calles Alvarado y Australia. En un astillero improvisado en el Riachuelo, precisamente, se puso al *Druit* en condiciones de navegabilidad.

[23] Este autor es citado por ENRIQUE DE GANDÍA en su *Historia de la Boca del Riachuelo*, prólogo de Antonio J. Bucich y Constancio Fiorito. Buenos Aires —Ateneo Popular de la Boca— 1939.



Esquina de Pedro de Mendoza y Martín Rodríguez. Allí nació, en 1861, Francisco Cafferatta, primer artista nativo de La Boca. En primer plano, atada a un poste, puede observarse parte de una canoa, de las que se usaban en caso de desbordes del Riachuelo. La fotografía es de alrededor del año 1875.

En sus páginas se afirma que La Boca es un barrio marítimo de importancia. "Las márgenes están pobladas de almacenes, talleres y saladeros, en donde se preparan para su embarque todos los productos de exportación del país..." Y hay una anotación calificativa: "Tampoco faltan tabernas y cuantos establecimientos tienen relación con la gente de mar". Ya se habla de las obras de terraplenamiento y canalización del Riachuelo. Hay proyectos. Muchos años después se realizarán, con hombres de empuje y tesón. Las cenagosas orillas, festoneadas con pantanos, podrán convertirse así en hermosos y cómodos muelles. El autor lo apunta así, con visión del porvenir.

Casi veinte años más tarde, Francisco Dávila en *La Babel Argentina* —que subtitula *Pálido reflejo de la ciudad de Buenos Aires en su triple aspecto material, moral y artístico*— editada por Félix Lajouane en 1886, prodiga cálidos elogios a los pueblos de Boca y Barracas. "La importancia material y moral de dichos puntos se manifiesta de un modo resaltante (sobre todo en la Boca, por ser su cambio más reciente) presenciando la edificación y empedrado de sus calles, sus casas de comercio numerosas y bien abastecidas, sus talleres de construcción, fábricas y astilleros, los centros de educación y reunión, la urbanización del radio de ambas extremidades y el desarrollo mercantil e industrial". Y aun declara, sin vacilaciones: es, en conjunto, "un pequeño emporio fabril y comercial"[24].

Dávila se extiende en observaciones dotadas de vigor realista. No sólo le dedica elogios a La Boca y a sus habitantes.

[24] El Juzgado de Paz de San Juan Evangelista fue creado por ley de la legislatura de la Provincia de Buenos Aires el 25 de agosto de 1870 (Ley Nº 118, promulgada por decreto de la misma fecha). Francisco Ruiz en la *Gran Guía General del Comercio de la República Argentina*, de 1874, registra los siguientes límites del Juzgado y Parroquia: "al norte y nord-oeste: el costado norte de los terrenos de Brittain, desde el río hasta cruzar el camino de La Boca; el costado sud de la calle General Brown (hoy Martín García) hasta su intersección con la de Bolívar, siguiéndose hasta la de Caseros, cuyo costado sud se seguirá hasta el camino que conduce al puente Alsina y siguiendo por el costado sud de éste, hasta llegar al puente mencionado. Al sud y al este: el Riachuelo de Barracas, desde el Puente Alsina hasta su desagüe

Sabe dirigir su mirada hacia aspectos poco agradables de ese ambiente. Censura la dejadez del vecindario —cuando corresponde— y la indiferencia de las autoridades municipales que conspiran, por igual, contra el buen estado higiénico de la zona. Pero, insiste, La Boca y Barracas "son dos pueblos muy dignos de tenerse en cuenta por sus adelantos que le dan una faz animada y llamativa". Y halla el origen de este buen andar rumbo al progreso: "Tienen fisonomía propia muy acentuada en las distintas peculiaridades y evoluciones del trabajo diario, y estos rasgos y caracteres que los singularizan de otros centros de colectividad social, dánles un marcado sello de progreso que se traduce en bienestar y prosperidad relativa concurriendo así en mutuo beneficio al adelanto común". Y otra afirmación, que revela su capacidad de captación en la práctica de la observación ambiental: "En un día de trabajo es como se puede conocer mejor de una manera perfecta la valiosa importancia de estas dos semi-ciudades costeñas..."

Cuánta condensación penetrante y certera hay en estas frases laudatorias de Dávila, un viajero que no deja de lado en su exposición el tono crítico si viene al caso.

XIII

FISONOMIA BOQUENSE EN EL 80

¿Qué pasa en La Boca del Riachuelo en los últimos decenios del siglo XIX? La literatura sobre la materia no es escasa. Ya en el *Diccionario Geográfico Argentino,* editado en el curso de los años 1877 a 1888, Fernando A. Coni, contabiliza su acer-

---

en el Río de la Plata; y desde allí por la costa de éste, hasta tocar en el extremo de la línea norte de los terrenos de Brittain". El Juzgado lindaba por el norte y nor-oeste con los de las parroquias de San Telmo, Concepción y San Cristóbal.

vo: bienes, caudales, gentío, iniciativas, inquietudes, todo y en pocas líneas, está allí registrado. Es algo reconfortante para los boquenses esta noticia de Coni. Veámoslo, sino. "El pueblo que está edificado a sus orillas —la del río de Barracas o Matanzas, según Coni— conocido con el nombre de La Boca, denominada San Juan Evangelista, posee un muelle de madera, por el cual cargan y descargan los buques de cabotaje que hacen el comercio con las provincias litorales. La principal industria de este pueblo es la construcción de embarcaciones de cabotaje, para la navegación de los ríos. La mayor parte de su población se compone de marineros, artesanos, almaceneros y calafates: tiene iglesia, 4 escuelas, biblioteca popular, estafeta de correos, y además se halla unida a la ciudad por un ferrocarril y un tranvía".

Anotemos el hecho auspicioso de que en ese pueblo de marineros y artesanos florecía ya una biblioteca pública, anticipo de las numerosas instituciones de cultura que han surgido en la zona, una de las más notables por la multiplicidad y diverso sentido de la acción popular en el campo de las actividades sociales.

Hay un dato significativo más, interesante como pocos, que advierte sobre la vastedad de la labor de los boquenses de antaño. En la obra de Raúl A. Entraigas sobre *Monseñor Fagnano* se informa acerca de una iniciativa de trascendencia científica. En una carta fechada en 1884, que firma el clérigo Albanello, dirigida al padre bernabita Francisco Denza, éste le anuncia que puede suministrarle una noticia consoladora y que ésta "consiste en la apertura de otro observatorio astronómico en la Boca, pueblo —le explica— de la República Argentina, sobre la playa del Río de la Plata". El director, padre Esteban Bourlot, cura párroco de la Iglesia de San Juan Evangelista, continúa informándole, ha accedido complacido a esa instalación. Y añade que ha enviado "una cantidad de instrumentos para comenzar las observaciones..." [25].

Los boquenses de 1884 escrutaban los arcanos del cielo guiados por una celosa curiosidad científica.

[25] Monseñor José Fagnano pasea por los muelles del puerto y por las calles de la Vuelta de Rocha el Santísimo Sacramento en 1895. Era

También ese artista de la ternura —vertida en la prosa literaria— que se llamó Edmundo de Amicis, recorrió estas polvorientas calles de La Boca de antaño y se asomó al Riachuelo. En abril de 1884 llegaba a Buenos Aires a bordo del "Galileo", barco que traía asimismo a centenares de inmigrantes de su nacionalidad —desde 1857 a 1897, consignaría la estadística, posteriormente, llegaron al país 1.057.977 italianos— que venían a radicarse para trabajar y prosperar al amparo de la vital cláusula constitucional de inspiración alberdiana. Eminente escritor y político, Edmundo de Amicis recibió en el curso de su permanencia innumerables agasajos. Y extendió su excursión al interior. Reflejo de sus visitas fue el conmovedor cuento *De los Apeninos a los Andes* que aparece en el inolvidable *Corazón*, obra cumbre de la literatura emotiva. En este relato el recuerdo de La Boca surge en la evocación amiciana, Para él, lo dice ahí, "es un pequeño barrio, medio genovés". Vuelve a citar La Boca. Se ve que lo ha impresionado este lugar con sus pujantes y hacendosos trabajadores, donde las voces le han sido gratas porque tienen acentos dialectales de la cara Italia. Al niño del cuento, Marcos, de Amicis lo hace pernoctar "en un cuartito de una casa de La Boca, al lado de un almacén del puerto, después de haber pasado casi todo el día sobre un montón de vigas, y como atolondrado, frente a miles de barcos, de lanchas, de vaporcitos..."

El tráfago del Riachuelo que vio el inmortal autor de *Corazón*, años después lo llevaría al lienzo, con su mismo contenido fragoroso, el pintor por excelencia de su desbordante vitalidad, Benito Quinquela Martín.

---

toda una acción arriesgada en aquella época, como lo advierte el salesiano JUAN E. BELZA, en su obra sobre el padre Esteban Bourlot, *En la Boca del Riachuelo*, Buenos Aires, 1958.

El padre Bourlot llena todo un tramo de la historia boquense. Llegó al barrio en 1879. Falleció en La Boca el 28 de noviembre de 1910.

XIV

VOCES ITÁLICAS EN EL RIACHUELO

Por supuesto esta preponderancia itálica en la población boquense habría de traer a sus calles, más frecuentemente, viajeros procedentes de la tierra de Cavour, Mazzini y Garibaldi [26].

[26] Puesto que hemos hablado de la presencia del inmigrante italiano en la orilla ribereña, cabe repetir aquí la advertencia sobre el origen de la población extranjera que se afincó en la zona en los tiempos de Rosas. William Mac Can ya proporciona alguna orientación sobre el tema en su *Viaje a caballo por las provincias argentinas*, 1847, al hacer una breve descripción del paisaje de estos lugares, mencionándolos como de Barracas. Habla de los vascos recién llegados al ocuparse de las características de las casas que ocupaban. Eran, éstas, en su mayoría "construcciones de madera, muy recientes, y pertenecían a inmigrantes vascos..."

La presencia del extranjero en la Boca antes de promediar el siglo es recordada por Francisco L. Romay. En 1838, refiere, don Alejandro Medrano estaba encargado de la construcción del Camino del Riachuelo y recoge estas expresiones contenidas en un oficio que éste dirige al Jefe de Policía don Bernardo Victorica: "...aquí no hay vecinos hijos del país para formar una patrulla; todos son extranjeros".

Acerca de la afluencia de la inmigración italiana al país, JORGE F. SERGI en su *Historia de los italianos en la Argentina*, señala que hubo un primer período en el que salían de la península los protagonistas y simpatizantes de los movimientos revolucionarios "en busca de amparo y libertad". Parte de estos militantes políticos se volcó en La Boca.

Hay otras referencias aclaratorias en la bibliografía de los viajeros. Se dice, así, que los ligures ocuparon los primeros terrenos en la Boca del Riachuelo hacia 1829. La descripción del ambiente, referida a una época posterior, es ilustrativa. *"Avevano messo su alla meglio un' comunicanti fra loro mediante ponticelli levatoi"*. El mismo autor afirma que *"era questo il porto di refugio e di carenaggio della fottiglia genovese"*. La considera —a La Boca— *"...la base, l'elemento più pittoresci della vita italiana al Plata"*. (NICOLÓ CUNEO: *"Storia dell emigrazione italiana in Argentina"*, 1810-1870, Milano, 1940).

Muchos de los habitantes de La Boca fueron, en efecto, republicanos que se alejaron de la península por cuestiones de naturaleza política. Así se volcaron en las orillas del Plata, en ambas orillas. Y fueron estableciéndose, principalmente, en las zonas ribereñas. En el bajo de Paseo Colón había una nutrida colonia de este origen. Después fueron llenando de rústicas casas, sostenidas sobre pilotes —como las vieran los viajeros y las describieran en sus páginas evocativas no pocos de ellos— las orillas inundables del Riachuelo. En realidad la corriente inmigratoria regular y continuada comienza a encauzarse en el sexto decenio del siglo XIX. Los italianos —los hubo, por cierto, y en no reducido número— que se afincaron en La Boca en buena proporción tenían un común denominador que los distinguía ideológicamente. En *El Ancla* —un periódico boquense de 1875, acaso el primero aparecido en la localidad— se da con frecuencia la evidencia de esa identidad [27]. Son republicanos, son *mazzinianos* en su mayoría. Hay *garibaldinos* que colocan en el sitio de honor del aposento principal de la morada —comedor y dormitorio a la vez, no pocas veces— el retrato del caudillo de los *mil de Marsala* que antes anduviera entreverado en las luchas intestinas del Plata. Una noche, por ejemplo, se reúnen algunos de estos inmigrantes, en la casa de don Giusseppe Ragozza, —un farmacéutico, un boticario para decirlo con palabra de entonces— y entre brindis y brindis añoran la patria distante. La noticia no deja de tener sus matices conmovedores. El anfitrión —muy conocido en el barrio en el que trascendió por sus nobles modalidades y su gravitación consecuente en la población humilde, principalmente— acoge en su hogar a un núcleo de amigos. Y la verbosidad meridional se esparce. Dejemos que sea *El Ancla* el que nos describa la velada, en la cual se destaca este hombre de luenga barba que para muchos de sus convecinos era un mitigador de

[27] *El Ancla* es el primer periódico de estas zonas. Lo proclama él mismo en un editorial que titula *Boca y Barracas.* Comenta en esta ocasión: "La escogida sociedad que habita en estos encantadores arrabales de Buenos Aires, ha recibido con aplauso la publicación de *El Ancla* que es el primer periódico que ha visto aquí la luz pública, exclusivamente destinado a la defensa de los intereses legítimos de estas dos florecientes poblaciones". En *El Ancla,* Nº 2, domingo 4 de julio de 1875.

sus males y achaques y también un consejero provisto de una sana afabilidad, no carente de giros socarrones. Sí, lo expresa muy con estilo añorante *El Ancla*. "La casualidad —así escribe don Juan Pisani— reunió noches pasadas en casa de nuestro amigo del señor Ragozza, a varios compatriotas, unidos por los vínculos de la amistad, de las ideas y de la patria. En ella reinó el mejor espíritu de unión y fraternidad, y se improvisaron algunos brindis, resaltando en todos ellos, los más puros sentimientos de patria y libertad, y encareciendo la necesidad de unión que debe reinar entre todos los buenos ciudadanos, porque en la unión está la fuerza"[28].

Es evidente que esta gente afincada en La Boca tiene el pensamiento puesto en la lejanía. ¿Va a retornar a aquel mundo que un día dejara alentada por la esperanza o impelida por los azares de las contiendas civiles? Tal vez tuviera en sus primeros años tal intención, sí, esa gente. La olvidó después. Se diluyó con el advenimiento de los hijos nacidos en el hogar levantado a la orilla del Riachuelo boquense. Y aquí quedaron, padres, hijos, nietos...

Fernando Resasco en una extensa obra, donde pueden espigarse vívidas descripciones de ambiente lugareño, también se ocupa de La Boca. No podía ser de otro modo en tratándose de un hombre dispuesto a compenetrarse de los aspectos más sobresalientes de la vida de los italianos en la Argentina. Él reconoce la naturaleza preponderantemente política del éxodo peninsular antes de 1860. Afirma: "puede decirse que no existía emigración italiana en el sentido que hoy tiene esa palabra". Y explica quiénes eran los que salían de su país. Iban a buscar la libertad, afirma, para escapar a "las tiranías que avasallaban a Italia". Después de 1840 "el número de los emigrados políticos fue aumentando cada vez más". Más tarde las corrientes humanas se orientaron marcadamente rumbo a Buenos Aires. Así, a la avanzada que se acercó a estas playas impulsada por la imperiosa necesidad de vivir en el ámbito de una hospitalidad generosa, siguieron las multitudes densas de hombres, mujeres y niños que se radicaron en las ciudades o se desparramaron por los campos de la República.

[28] *El Ancla*, 22 de julio de 1875.

XV

LAS OBSERVACIONES Y EXPERIENCIAS DE RESASCO

Resasco llegó a la ciudad metropolitana en 1889. Dos años transcurrirán antes de que se edite su libro [29]. Hay una detallada relación de las alternativas de su viaje en la obra, y bajo muchos puntos de vista es interesante por el acopio de noticias y la abundancia de impresiones que le merece el mundo al que se acoge. No le faltan las palabras elogiosas y no deja de lado, tampoco, el giro irónico. Pero nos interesa verlo en La Boca, entre la gente que habla su idioma —o algo que se le asemeja en casos— cuando no lo ha estropeado en el contacto cotidiano con el castellano o con la jerga lunfardesca, a la cual el itálico hace no pocos aportes.

Es acaso la de Resasco una de las más agudas y ahondantes descripciones del ambiente boquense finisecular. Su calidad de visitante la pone muy por encima de su condición de compatriota de la mayoría de los habitantes de estas orillas sureñas de Buenos Aires. Es equilibrado en el juicio. Exhibe la realidad, tal cual la ve. No se deja presionar por los anuncios que le hacen en *el Alto*. Desciende a estas calles, que ya ha visto a su llegada, pues el barco ha anclado frente a la misma arteria ribereña y desde ahí ha emprendido la ruta hacia el centro porteño [30]. Las peripecias de este trayecto —¡tan corto y

[29] FERNANDO RESASCO, *En las riberas del Plata*, versión española de Antonio Sánchez Pérez. Madrid, Librería de Fernando, 1891.

[30] Un gran acontecimiento económico y social fue para La Boca la llegada del gran trasatlántico *L'Italia*, de 15 pies de calado, 300 de largo, 32 de manga, de 1100 toneladas de registro con capacidad para cargar 2500. Había salido de Génova con carga y pasajeros, en la mayor parte inmigrantes. Era el primer paquete de ultramar que arribaba al Riachuelo. Ocurrió esto el 25 de marzo de 1883, sobre Pedro Mendoza, entre Necochea y Almirante Brown.

"El país ahorrará millones con la posesión de este puerto", comentaba *La Prensa* al día siguiente. "Empezó a ahorrar ayer alrededor de 500

tan largo!— están relatadas en el capítulo XIV de la obra. "Cuando han subido ustedes los peldaños de la escalera en el puerto de Buenos Aires, todavía no están ustedes en Buenos Aires, sino en la Boca de Barracas". Explica que administrativamente La Boca es parte de la Capital Federal. Pero añade —lo ha captado ya, al arribar— "las costumbres y los usos son muy distintos" [31].

La prosa de Resasco aproxima a ese mundo-mundillo boquense del tumultuoso decenio que comienza en el noventa — los *Bomberos Voluntarios* han estado a cargo del orden en el barrio durante las dramáticas jornadas revolucionarias— y nos ofrece los caracteres contradictorios de esa abigarrada sociedad con su aldeano colorido. "Los alumnos más indisciplinados y los escolares más estudiosos asisten a la escuela pública de la Boca; los arranques más admirables y las acciones más bajas, allí se verifican; no será ciertamente en la Boca donde acontezca por desgracia, la caída de un hombre al río, sin que inmediatamente se presente un salvador generoso; como no transcurrirán muchos días sin que sea arrojado al río algún hombre por celos, por venganza...". Las referencias antinómicas se suceden en la exposición de Resasco: "Cuando en la Boca sobreviene un incendio, no se espera a que venga, con tardo paso, del centro de la ciudad el servicio de incendio; en la Boca los

patacones en el desembarco de inmigrantes, los que bajando por una planchada de dos o tres metros tomaban los *tramways* que los conducían a los respectivos alojamientos". *La Prensa,* 26 de marzo de 1883.

[31] "Pero la Boca no es de Buenos Aires, es sencillamente la Boca. En toda ciudad que posee puerto de cabotaje, es él algo así como el antepalco del centro propulsor, con las variantes que le comunican las gentes que lo concurren..." Este párrafo aparece en un artículo titulado "Una mañana en la Boca" del suplemento de *La Nación* del 2 de octubre de 1902. Describe con propiedad el ambiente del lugar, que considera autónomo en más de un sentido. En él, dice, "todo es propio, característico, hasta el punto de hacer sospechar un nuevo estilo de arquitectura, creado por hombres que han formado una patria en pleno bañado insalubre". Señala que "también la lengua que allí se habla es propia, creada a este apeadero en su contínua lucha por la vida..." A las viviendas el cronista las llama "casas zancudas". Las ve "pintarreajeadas de vermellón y azul de Prusia".

italianos se constituyeron en cuerpo de bomberos voluntarios; se hicieron labrar una hermosa casa; se proveyeron de todos los aparatos necesarios, y cuando acontece una de esas desgracias, el trabajo del bombero voluntario basta por regla general, a dominarlo completamente. Y por otra parte, en la Boca no es raro que se produzca un fuego intencionalmente, ya por librarse de la sujeción de un propietario molesto, ya para advertir a un almacenista mercantil que su concurrencia no se ve con buenos ojos..."[32].

Desde todos los ángulos contempla el paisaje lugareño. Esta de Resasco es una de las mejores colaboraciones bibliográficas traídas al estudio del tiempo ido boquense, del tiempo que está atrás del linde de los dos siglos. Por cierto que no se le escapa el carácter arquitectural tan especial de la zona en esa época. "Hay en Boca enormes, monumentales edificios —recordemos que se trata de la monumentalidad de 1889— como el de la Aduana, que semeja una fortaleza de la Edad Media; y hay casas que parecen huroneras, casi peores que los famosos fonduchos napolitanos. Las calles son en algunos barrios muy espaciosas; pero para seguir uno su camino con más libertad, debe preferir las más estrechas, porque en las anchas es tanto el cruzar de tranvías y de ferrocarriles, tal la aglomeración de transportes para los trabajos del puerto, que muchas veces se interrumpe el tránsito..."

Es muy pintoresca la relación que hace Resasco de un día que pasó en La Boca, algunas semanas después de su llegada a Buenos Aires. Se le ocurre ir a comer a ese barrio, que no carecía ya de fama gastronómica. No deja de llamar la aten-

[32] Los antecedentes más lejanos de los bomberos voluntarios de La Boca aparecen en el decreto del gobernador bonaerense Manuel Ocampo, que refrenda Sarmiento como ministro de gobierno. Los fundamentos expresan que siendo "...de madera la mayor parte de las casas de la Boca del Riachuelo, y expuestas por tanto a frecuentes incendios, el Jefe de Policía pondrá a disposición del Juez de Paz de Barracas al Norte una bomba con todos sus útiles complementarios". Luego se ordenaba la formación de una compañía de bomberos "de los vecinos más idóneos, para que adiestrándose en su manejo, puedan ocurrir a extinguir los incendios que ocurriesen". FRANCISCO L. ROMAY, *"Las milicias del fuego"* Buenos Aires, 1955.

ción que el escenario de los establecimientos de 1960, no difiere en su esencia, de aquellos a los que Resasco alude en su libro. Hay comidas regionales en los *menus*, parroquianos con mucho apetito, tipos pintorescos, algarabía, platos suculentos —los menciona detalladamente— y, entre todo esto, la nota única y sobresaliente, natural, espontánea, de la canción y la música. Unos violinistas y una muchacha —muy desarrapada— improvisan un "desconcierto vocal e instrumental". Claro que la nota se excede y el color —y el calor— sube, porque hay canciones que son "la sal y pimienta para aquel congreso" de comensales italianos casi en su totalidad. Lo revelan al corear luego varios himnos patrióticos que pusieron aun más alta la temperatura belicosa de la concurrencia. Resasco nos habla de su duelo ocular —verbal por parte del contrincante— que mantuvo, peligrosamente, a lo largo de su permanencia en la fonda con un comensal romano, de provocativas, hirientes, agresivas maneras.

XVI

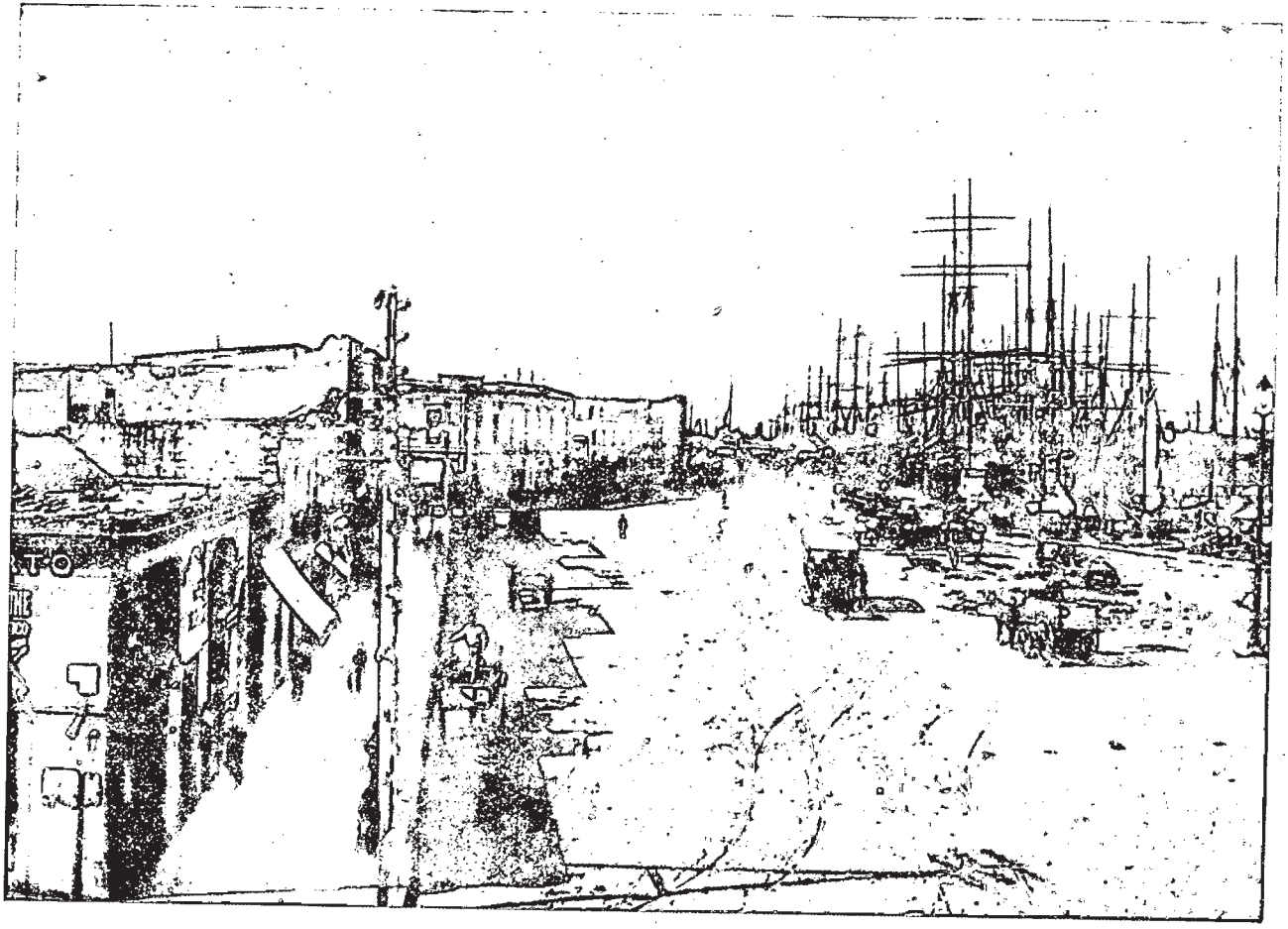
LA BOCA, FIN DE SIGLO

No nos tentemos demasiado con este libro de Resasco, porque hay en él cuadros muy coloridos y visiones muy claras de aquella Boca de fin de siglo. En la bibliografía de la temática boquense ha de ocupar un buen lugar. Y cuando queramos mirar hacia aquellos años y descubrir con los perfiles desvanecidos de los antepasados el teatro de sus actividades y el medio en que se desenvolvían, haremos bien en volver a releer sus páginas. Vayamos a otros preceptores del pasado de este terruño que irá perdiendo cada vez más sus acentuaciones típicas, cada vez más reemplazadas por remedos o evocaciones,

Teatro de Títeres de Vito Cantone, siciliano, que funcionó en la calle Necochea, sobre el "cammin vëgio". Cantone, con otros miembros de su familia, está en la puerta de su teatro con las manos en el chaleco y gruesa cadena de reloj a la vista

más o menos afortunadas, más o menos desafortunadas de lo que fue. Como esa calle Necochea de esta contemporaneidad —*u cammin vëgio* de antaño— atestada de cantinas y restaurantes de variada pretensión y de variada artificiosidad. Aquella de 1890 —fijemos ese año, para situarnos en un recodo de la historia— tenía el encanto y el desorden de la naturalidad. No tardaría en aparecer en ella, por ejemplo, el teatro *Sicilia* de Vito Cantone, el mago de los titiriteros, con sus mágicos juguetes hablantes. Por ahí advendría no muy después, el nombre de Priano, con su olorosa *fainá* y su olorosa *fugazza* elaboradas con productos nobles y preparada con legítimo aceite de oliva de la *riviera* de Génova. A la vuelta, no muy lejos, estaba la plaza Solís, la primera de la zona, cuyo centro lo ocupaba una fuente, y en el medio de la fuente, desde su abierta boca, vertía incansablemente agua una ninfa que iba a contemplar, con su aire soñador, Pedro Zonza Briano, nacido ahí nomás, muy en la esquina de Suárez, sobre Almirante Brown. Y allá, a la distancia, en la ancha plataforma de Pedro Mendoza [33], casi como formando parte del permanente espectáculo, las velas de los barcos y las chimeneas de los navíos con sus penachos de humo, arrimados a la calzada, de la que parecían continuación. Y este espectáculo, si bajamos un poco los párpados y miramos a hurtadillas, cubriéndolos ligeramente con las pestañas, todavía acertaremos a adivinarlo, a hallarle el trazo pretérito...

[33] Bernardino Rivadavia previó la intensidad del movimiento del tránsito mercantil sobre el Riachuelo. En un decreto del año 1823 dispuso que se dejara libre a ambas márgenes una franja de cuarenta varas en toda su extensión.



Sector del muelle construido bajo la dirección del ingeniero Huergo sobre la Boca del Riachuelo, cuya ribera izquierda señalaba la frontera con la provincia de Buenos Aires. Calle Pedro de Mendoza, desde Brown hacia Necochea.

XVII

UN SUBURBIO VASTÍSIMO

José Ceppi —más conocido por Aníbal Latino— fue un hombre de Buenos Aires. Actuó en el periodismo porteño y ascendió a posiciones de alta responsabilidad en él. En su obra *Argentinos y europeos - Cuadros sudamericanos*[34], editado en 1888 también dedicaba su atención a La Boca. Es —dice— "un suburbio vastísimo de la población". También le halla Ceppi a La Boca esa diferencia entre racial y urbana que la reviste de un carácter muy propio, y por consecuencia, de una autonomía desenvuelta en el ejercicio de las múltiples iniciativas de todo tipo que en ella florecen. "Está separada de la ciudad por una extensa faja de terreno poblada por algunas casas esparcidas: la comunicación es cómoda, fácil, rápida, continúa por tranway y por ferrocarril; y sin embargo tiene un carácter tan diferente, tan especial, que parece estar a cincuenta millas de distancia". Todavía añade: "Muchos, hasta en Buenos Aires hablan de la Boca como si hablasen de otra ciudad, no de un barrio que está a dos pasos de la gran plaza Victoria".

¿Dónde está esa diferencia que la torna tan particular en el conjunto de los *quartiers* metropolitanos de un país que está creciendo, creciendo aceleradamente por obra de la gran confluencia inmigratoria? "El contraste procede de la diferente arquitectura de las casas, y más todavía de la naturaleza, del carácter y de las costumbres de los habitantes. Las casas son casi todas de madera, de un solo piso, construídas sobre estacadas, como en Amsterdam, entre otras razones porque La Boca se encuentra en un terreno algunos metros más bajo que el resto de la ciudad, dos o tres solamente sobre el nivel de las aguas del Plata; y el desborde del Riachuelo la ha inundado varias

[34] José Ceppi (Aníbal Latino). *Argentinos y europeos. Cuadros sudamericanos.* Buenos Aires, Librería Universal de Alejandro Miroli, 1888.

veces y tal vez la habría destruído en parte sin aquella especial construcción de las casas" [35].

Aníbal Latino —Ceppi— da una cifra. Hay en La Boca, contados los de los pueblos contiguos de Barracas, en ese entonces 20.000 habitantes. Son casi todos italianos y entre estos predominan los genoveses. Ya lo han dicho otros. Pero él lo repite. "La Boca es hasta ahora el barrio marinero, el verdadero puerto de Buenos Aires".

No ha dejado de serlo.

XVIII

EL GENOVÉS Y LA ATRACCIÓN DEL MAR

El genovés —que comenzó afincándose en la calle Balcarce sobre el bajo, y allí precisamente se fundó en 1885 la *Societá Ligure di Mutuo Soccorso*— se trasladó a La Boca por la atracción del agua. Sabían los hijos de la Liguria que ese era un terreno blando y amenazado de continuo por los desbordamien-

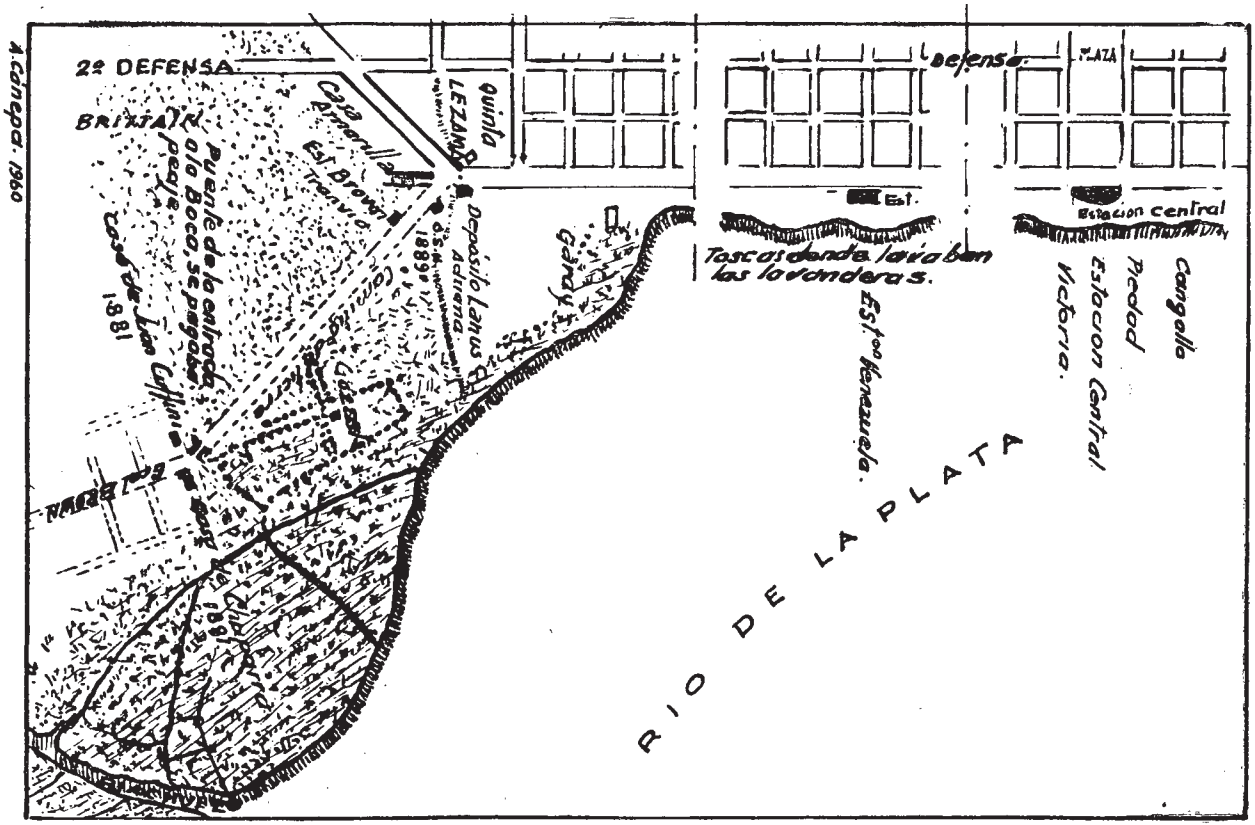
[35] El Intendente Torcuato de Alvear se preocupó asimismo por el saneamiento de La Boca del Riachuelo. En su Memoria de 1886 alude a los diversos problemas que la afectan y menciona el tema candente de la descomposición de las aguas del Riachuelo. Su exposición es extensa y demuestra su preocupación insistente por alcanzar soluciones adecuadas. Por ejemplo, se ocupa del desnivel de las calles, de la colocación de alcantarillas de desagüe para evitar el estancamiento de las aguas pluviales, el terraplenamiento de los terrenos particulares, la plantación de árboles, la construcción de servicios sanitarios, etc. En la Memoria de 1887 vuelve al enfoque boquense. Da alguna información concreta, aparte de su referencia al establecimiento de las aguas corrientes sobre trabajos realizados: el adoquín de doscientas cuadras, el terraplenamiento de terrenos, la plantación de árboles en la "gran avenida General Brown que tiene 50 varas de ancho".

tos del Riachuelo. Pero a sus orillas fueron, incluídas las de la isla Maciel, las de enfrente. "El mar —subraya Ceppi— es para el genovés lo que el instrumento es para el músico, la soledad para el poeta, la guerra para el militar; ejerce sobre él una atracción irresistible...". Y siendo así no le sorprende que al Riachuelo se dirigieran estos hombres y mujeres de voluntad perseverante.

Anota Ceppi que la navegación de cabotaje está, en ambas costas del Plata, en manos casi totalmente de genoveses. Y en La Boca, por este hecho "se encuentran como en casa propia". Los italianos se vuelcan a La Boca los días de fiesta. Es el paseo predilecto de ellos. Sobre todo cuando ha anclado algún transatlántico. Los paseantes suben a los navíos y los recorren sin cesar. Vàn por las calles, entran a las casas de las familias amigas —que los tienen en su mayoría— a sus tiendas, y discuten a viva voz, especialmente sobre asuntos de mar y temas de Italia, *"la lontana"*. Todos los acentos y dialectos de la península añorada se oyen por doquier.

¡La Boca! La simpatía de Ceppi es fraganciosa, y la veremos esparcirse después en otras páginas de emotiva prosa. Porque los viajeros se aproximan al corazón de ese pueblo bullicioso que todavía conserva los rasgos de la tierra distante y ven en él la consonancia de la connaturalidad. Ceppi no cierra su exhibición del ambiente boquense sin un anuncio augural: el nuevo Riachuelo, el que asoma en los planes y en los proyectos, "aumentará su importancia, se desarrollará todavía más rápidamente, mejorarán sus condiciones higiénicas, ahora bastante deplorables por falta de agua potable y de cloacas y los genoveses estarán aún mejor en su elemento" [36]. Y sus hijos. Y los hijos de sus hijos.

[36] Desde muy antiguo los vecinos de La Boca se preocuparon por el mejoramiento de las condiciones edilicias del lugar. Ya en 1857 el "Club Liberal" solicitaba la creación de una Comisión Municipal para la Boca del Riachuelo. En la sesión del 6 de noviembre de ese año tenía entrada en el cuerpo deliberante un despacho sobre "la aprobación del nombramiento de una Comisión para promover las mejoras de la localidad de la Boca del Riachuelo". (Actas del Consejo Municipal, 1857).



Trazo aproximado del "tragaleguas de la Boca" según informaciones suministradas por antiguos vecinos de la zona, en especial del señor Juan A. Soldani. Se extendía desde la pendiente de la Quinta de Lezama hasta Alegría (hoy, Wenceslao Villafañe).

XIX

LAS LUCES DEL SIGLO XX

Ya hemos avistado las luces del siglo portentoso. Sí. El siglo XX está a la vista. La gente anda por este mundo crepuscular del ochocientos con el pensamiento puesto en lo que advendrá, pues se comenta mucho que en la nueva centuria que se avecina habrá transformaciones estupendas. La fuerza motriz, los automotores. Las vistas de visiones fijas. Las movibles también. Los cielos se verán surcados por naves aéreas. Las fantasías de Julio Verne, las más atrevidas aventuras de aquel extraordinario hacedor de novelas de tejidos argumentistas inverosímiles —como esa de las veinte mil leguas en viaje submarino— se afirma, serán un hecho. Y más aún: se las superará.

Los viajeros llegan a Buenos Aires, lugar y asiento de una rica y ostentosa sociedad agropecuaria, cuyos representantes suelen buscar en Europa solaz y aún el barniz de una ilustración superficial, en la que abundan los nombres de ciudades, de museos que visitan ligeramente, de lugares de diversión —picantes, colmados de atractivos seductores— que visitan más asiduamente... Y todo esto otorga cierta distinción mundana. De París, por ejemplo, se traen visiones edilicias y estas visiones influyen en el trazo urbano que va dándosele a la que está siendo la primera ciudad latina de América. Los viajeros van, así, por la Avenida de Mayo que un Intendente resuelto ha abierto —a la altura de la plaza histórica y que desemboca en otra plaza donde pronto emergerá el edificio de un Capitolio monumental. Y esta ancha avenida, con sus espaciosas aceras, sus mesas y sus sillas frente a las confiterías y cafés, bares, les trae el recuerdo de la metrópoli francesa. No lejos de esta avenida, yendo hacia el sur, en esos últimos años del ochocientos, se ha adquirido —en esa misma década del noventa de las gran-

des obras edilicias— un gran paseo. El Parque Lezama —la antigua quinta de Horne— ha pasado a ser propiedad de la Municipalidad. Está el paseo, un gran paseo sin duda, en la confluencia de tres barrios habitados por colectividades laboriosas. San Telmo hacia el sur, Barracas y La Boca, principalmente La Boca, van a ser beneficiadas por esta adquisición de la comuna.

Yendo desde el Parque Lezama, desde una de las esquinas del Parque Lezama, tomando por la vía que se conoce con el nombre de Brown, a la altura de Martín García —a la que se llamara Bravo Brown— se llega al Riachuelo de La Boca. Ya sabemos. Se atraviesa para lograr esa orilla, el *tragaleguas*. Pero el *tragaleguas* va perdiendo su hosca impenetrabilidad. Ya hay, desperdigadas, casas y casuchas. Ya hay senderos. A un costado, una laguna. La *del Piojo*, donde los muchachones concurren en los días de holganza, a pescar algún pez demorado en sus aguas turbias y tranquilas. El tranvía lo cruza [37]. Primero ha sido el tranvía a caballo, con su conductor del cornetín. El tranvía que, al llegar a la cuesta de Patagones —hoy Brasil— había a veces que empujarlo hacia arriba. Por eso —se cuenta, lo cuento— había *boletos con pechada* y *sin pechada*.

En esta Boca de las proximidades del novecientos conviven ya extranjeros de otras nacionalidades que se suman a la itálica. Otras voces, otras tonadas y hasta con otras incomprensibles jerigonzas —así se les antojaba a los hijos de italianos— aparecen en sus contornos. Se ha aproximado a la Boca, por ejemplo, una Sociedad de Socorros Mutuos Austro-Húngara. Se la había fundado en 1878. No son pocos los descendientes de

[37] Sobre el funcionamiento del tranvía —los *ferrocarriles urbanos tramways*, se los llama—, el gobernador Emilio Castro en el mensaje a la legislatura de la Provincia de Buenos Aires del 1º de mayo de 1870 manifiesta que "están construyéndose varias otras líneas que, partiendo de los estremos de la ciudad, pondrán en comunicación el norte y el sud de la población, incluyendo la Boca, Barracas y Mercado Constitución". Algo curioso apunta el mensaje y es la resistencia que estas líneas encuentran en los propietarios de casa. "El fundamento principal de la oposición consiste en la suposición de que estos ferro-carriles obstruirán las calles, sin permitir otros vehículos, lo que a juicio de los propietarios haría bajar el precio de la propiedad".

ese país, mosaico de nacionalidades entonces, que han trasladado sus esperanzas a estos contornos ribereños. Ellos también, los dálmatas y los croatas preponderantemente, tienen destreza en las faenas marineras y algunos prosperan en tales empresas en forma considerable en estas tierras. Otros, son prácticos de los ríos. Otros, están mezclados en la marinería. Hay alianzas de italianos y gentes de estos países. Los hijos de unos y otros se confunden más tarde en las cordialidades de las instituciones musicales, que abundan en la localidad [38],y forman conjuntos armónicos. Y las familias...

También hay griegos en La Boca. En esa zona de Necochea, en las cercanías de la plaza Solís levantan sus hogares. Es ese un sector donde pululan los emigrantes de las comarcas más meridionales de Italia, asimismo. Y yendo un poco más hacia el rumbo del *tragaleguas*, en esa misma arteria del *cammin vëgio* se sitúan los correntinos, los paraguayos y algunos negros. Los turcos y árabes, los boquenses los confunden y los comprenden a todos en la primera de estas ubicaciones geográficas— cubren las arterias que se aproximan a Barracas y sobre todo se extienden sobre la Segunda Defensa, después Patricios [39]. La colectividad española —no citaremos otras más que acuden, en minúscula proporción, pero procedentes de las regiones del Me-

[38] En la última década del siglo XIX la juventud boquense sobrepasa los límites convencionales de la época y vuelca sus inquietudes en la política y en obras de finalidad artística y social. Se cultivan las relaciones y se expanden las ambiciones. La revolución de 1890 ha movilizado a los hombres de una generación que siente más la argentinidad —son muchos los descendientes de los inmigrantes nacidos ya en el suelo boquense—. Las instituciones no rehuyen, con todo, el nexo ultramarino. Y algunas hasta lo reconocen en sus denominaciones. Son de esa década, por ejemplo, la "Sociedad Estudiantina Musical Democrática" (1893); el "Centro Social", que presidía José R. Massone (1895); la "Sociedad la Obrera Argentina" (1896); la "Sociedad Recreativa y Orquestal Juventud Italo-Argentina" (1896). Todas han desaparecido.

[39] El gobernador Viamonte, en 1829, manda abrir "una nueva calle que comunique la ciudad con el puerto del Riachuelo. Se establece que debe ser la continuación de Reconquista (Defensa en su parte sur). Manuel Bilbao consigna que en 1835 la calle Defensa puso en comunicación el Riachuelo con la ciudad.

diterráneo generalmente— tiene cierta densidad en La Boca. La constancia está en un hecho: en 1898 fundan una sociedad mutualista. El español se dedica con preferencia al comercio. Tiene almacenes, igual que no pocos genoveses. Y a la educación. Educadores de significación —daré un nombre, Ignacio Ares de Pargas, para ejemplificar— actúan en La Boca. Abren escuelas privadas, y luego se incorporan a las del Estado. Podría recordarse a otros más. Pero este nombre de Ares de Parga es muy valioso [40]. Todavía en su ancianidad se le oía contar sus excepcionales andanzas por tierras continentales y entre éstas, los relatos de sus riesgosos trabajos en el Canal de Panamá. Un educador, de los que desbrozaron el terreno silvestre, en los comienzos del barrio, fue Marino Froncini, un liberal italiano que los azares de la política peninsular trajeran al Plata muy lejos en el tiempo, muy lejos de este novecientos por el que estamos caminando muy adentro ya.

[40] Ignacio Ares de Parga, español de origen, actuó en las escuelas de La Boca. En 1912 publicó una obra titulada: *Puntos de vista educacionales. La Escuela argentina.*

La educación escolar en La Boca se inicia, puede decirse, en 1856 con la designación —propuesta por el comisario Carlos Campos—, solicitada por los vecinos, del maestro Rafael Amato. En 1859 comenzó a desenvolverse en la actividad pedagógica el emigrado italiano, Marino Froncini. Había nacido en Fano, provincia de Pésaro, destacándose en las luchas políticas de su patria. Liberal, amigo de Mazzini, se dirigió al Plata. En La Boca una placa —inaugurada en 1938—, recuerda su labor en los comienzos del magisterio local. Inició su ejercicio en la escuela de la calle General La Madrid 210. Sarmiento lo llevó a la Escuela de Catedral al Norte, donde desempeñó sus funciones hasta acogerse a la jubilación. En un artículo sobre *Las Escuelas italianas,* Sarmiento aclara que Froncini no ejercía la profesión de maestro en Italia. Falleció en 1895. Nicoló Cúneo inserta en su obra interesantes noticias sobre este emigrado. A Froncini, lo sucedió en sus tareas otro compatriota, Domingo Bértora.

XX

UN LENTE OBSCURO

De esta nacionalidad hispánica es también un escritor famoso que ha posado su mirada sobre La Boca, aunque no con esa benevolente simpatía de los italianos que han llegado a ella, algo antes. En 1897 Francisco Gradmontagne le prologa un libro a Marcos F. Arredondo[41]. No nos impresionemos con su pintura. Le sobran los calificativos subestimantes para la depreciación del lugar. No le hace coro a Ceppi. No se coloca en la imparcial actitud de Resasco, que sopesa y expone lo que hay de bueno y lo que hay de malo en el ambiente. Para Grandmontagne esta población de La Boca es apestosa —el término dolerá a los boquenses—, los edificios inverosímiles, "contruídos con cabrios y tablones putrefactos, montados sobre aguachas capaces de albergar desde la rana al cetáceo". Mas halla el distintivo genérico en medio de este chapoteo: esta población "parece la idea representativa de la confederación marítima universal".

Digamos que el escritor español ha visto un tanto a través de las evidencias que le ofrece Arredondo. Y Arredondo no economiza la exhibición de las crudezas de este suburbio cosmopolita. En un capítulo que titula *La Boca* y que dedica a Roberto J. Payró, Arredondo, un periodista porteño —no un extraño— describe el paisaje que se abre ante sus ojos. Tras usar adjetivos fuertes, la divisa: "...nace La Boca, coronada de mástiles, en medio del juncal de sus lagunas y los innúmeros arroyos de verdosas aguas".

El olfato conduce a Arredondo por las calles boquenses. El nos recuerda que hubo un tiempo que en las puertas de los figones y de los boliches saturaban el aire incitantes olores cu-

[41] MARCOS F. ARREDONDO: *Croquis Bonaerenses*, prólogo de F. Grandmontagne. Buenos Aires, Tipografía La Vasconia, 1897.

linarios. En su recorrido ha descubierto, entre otros muchos platos apetitosos, "croquetas y buñuelos de harina de maíz rociados con vino de Liguria, castañas, gigantes sartas de chorizo...". Desde "aquellas cocinas instaladas en la vía pública se dirige la provocación más inaudita a los estómagos sin lastre" comenta indefenso.

Arredondo nos da noticia de la existencia de "un teatro de vistas" en ese fenecer del siglo, en La Boca del Riachuelo. Cuarenta vidrios de aumento pasan ante los espectadores y les ofrecen la representación de *Un episodio de la guerra de Cuba, El terrible incendio del puerto de Gibraltar, La muerte del presidente Carnot, Un bochinche en la Cámara francesa, El casamiento de la princesa Alice con Nicolás III*, y muchas escenas más. Y hay otros espectáculos, más naturales, más vivos. En estas calles, en horas nocturnas, atestadas de marinería, se juega a la murra "y bajo el concierto melódico de los mandolines y los acordeones se alza la voz y se canta hasta desgañitarse". Esta es La Boca que le da tema a Arredondo. También hay gente de trabajo. No se la verá en los itinerarios noctámbulos. Está más adentro y más arriba, hacia el lóbulo de la Vuelta de Rocha, en Brown, y en las calles que van trazándose perpendicularmente a Brown[42]. Ahí está La Boca de los hombres que a esa altura del día reposan, porque al amanecer con las pitadas iniciarán la jornada —largas jornadas las de entonces, pues no

[42] El nombre de Vuelta de Rocha proviene del propietario de esas tierras, el estanciero Antonio Rocha. PAUL GROUSSAC en *Mendoza y Garay*, (tomo II, página 281, edición de la Academia Argentina de Letras, Buenos Aires, MCML.); coloca un asterisco al final del siguiente párrafo de la nota 1: "...en aquel tiempo el Riachuelo se bifurcaba en la "Vuelta de Rocha". El texto de la acotación aclaratoria es, exactamente: "Así se llamó desde 1635, por haberse hecho merced al estanciero ribereño Antonio Rocha, de los recodos que allí hace el Riachuelo" (Registro Estadístico, 1862, I, pág. 10)". Este texto figura en *Anales de la Biblioteca* (tomo X, pág. CCXLIII).

En 1957 se expuso una versión que atribuía el origen de esa denominación a la circunstancia de haber levantado en esos lugares unos galpones de depósito de yerba mate un comerciante brasileño afincado en el país desde 1870.

se habían conquistado todavía "las ocho horas" y el descanso dominical no se había generalizado— que proporciona el sustento al hogar.

Un escritor italiano, Francisco Scardin, publica en 1899 un libro —*"Vita Italiana nell' Argentina"*— en el que, sin saberlo, sin proponérselo, viene a refutar las críticas negativas, de oscuros tonos, que circulan sobre la Boca marinera, la Boca de las orillas revoltosas. *"Truci leggende correvano un tempo sulla Boca del Riachuelo..."*, recuerda. En realidad lo que ocurre —explica Scardin— es que los *"bochensi"* son rápidos en la acción, cuando se los provoca, y nada cobardes. *"Uomini indipendente venuti senza timore incontro alla lota per la conquista del benessere, sanno e vogliono dimostrare all' evento —e questo é vero— che la pusillanimi non é prodotti di marca italiana"*. Para él eso es todo. Porque la que allí habita es gente honrada. Lo dice sin ambages, saliéndole al encuentro a la "leyenda negra" con acento enfático: *"Ma da tale innata arditezza al delito e alle rapine v'ha un camino che i bravi e laboriosi liguri abitanti quel vasto quartiere non si sognano di battere mai"*.

XXI

EN EL CENTENARIO LLEGA CESARINA

Muchos años más tarde otro viajero —una viajera para ser más exactos— vendrá igualmente a Buenos Aires dotada de ese afán descubridor que ha guiado los pasos de sus predecesores. Y una de sus rutas la conduce a La Boca. Es una italiana.

Cesarina Lupati Guelfi formó parte de las caravanas que arribaron a la gran urbe —la gran urbe era ya cabeza de Goliat— en los días que anticipaban las fiestas del Centenario. Vino con la esperanza de hallar aquí la vastedad rústica y la

monumental estructura artificial, es decir: el contraste. Su sangre itálica llevábala a la tierra donde legiones de compatriotas habían dispersado sus esperanzas hacia todos los rumbos del país, aunque prefiriendo, en su mayoría, las orillas rumorosas del litoral.

Las fiestas del Centenario —no nos olvidemos de escribir la palabra con mayúscula porque tiene la significación de una etapa crucial en la marcha de la República— llamaron al espíritu inquieto de Cesarina. A su regreso escribió un libro: *Vida Argentina*[43]. Apareció en Milán, en 1910. Pero no tardó en ponerse en circulación una versión española de Augusto Riera, que imprimió Maucci.

Es una obra ilustrativa, con sus errores —el más llamativo es el de la estatua de Alsina, a la que en la fotografía se la presenta como la de Mazzini— que permite apreciar algunas características de esa época de opulencia y agitaciones, casi diríamos las inseparables del crecimiento. Cesarina se deja deslizar al verbo afectuoso. Pero no prescinde de la objeción crítica, aunque a veces se equivoca. Y también, por ahí navega en la superficie. Sin embargo, con sus aciertos y yerros, sabe descubrir los rasgos ingenuos del rostro juvenil, porque ésta es una sociedad que va logrando una fisonomía propia, en tanto hombres de todas las latitudes van aportando a estas realizaciones su energía y su soñar.

Entra Cesarina en la ciudad exactamente el 25 de mayo de 1909. Miles y miles de banderas ondean en las ventanas y en los balcones. Son banderas de todos los pueblos de la tierra. Y Cesarina, con esa natural aptitud para la deducción de que da muestras en su animosa prosa, llega pronto a la conclusión de que donde hay sitio para tantas y tan distintas banderas, hay sitio también para todos los individuos con sus tradiciones, sus costumbres, sus modos de vivir.

"La tierra es ancha", dice. Espacio, libre espacio, abierto espacio el de 1910.

[43] Cesarina Lupati Guelfi: *Vida Argentina*, versión de Augusto Riera. Barcelona-Buenos Aires. Maucci Hnos. 1910.

Después Cesarina se internará en la capital de los argentinos. Y andando, andando irá a los suburbios. Partirá al interior. No vamos a seguirla en sus itinerarios y nos resistimos a repetir algunos de sus jugosos enfoques sobre este mundo del *"Centenario"*, en ebullición, con su fiebre de desarrollo, con su desmañada fortaleza, su empuje de mocedad. Iremos, eso sí, con ella, a La Boca del Riachuelo, porque al barrio también llegan sus pasos. Porque Cesarina estará en La Boca como en su propia patria, los oídos atentos a las afectuosidades verbales y los ojos puestos en el cuadro lleno de colores que le ofrecen las calles y las riberas boquenses.

¡Ah, Cesarina! Mujer —la imagino— de opulento busto y de sonrosada faz. Enamorada, feliz, eufórica, locuaz, comunicativa, desbordante de ingenio, vivaz en la ofrenda y sin rubores para manifestar la amorosa ternura que la subyuga —ella la exterioriza en la dedicatoria de la obra al ser querido que tiene a su lado al entrar a Buenos Aires: *A Te, sposo mio, nel nome del nostro amore por cui mi fu dato conoscere la grande terra lontana che á tanti nostri fratelli é seconda patria, a Te; questo libro é tuo.* Es todo esto, cordialidad y nobleza, lo que esparce Cesarina en torno. Y todo esto, está en su obra cuando posa su pensamiento en La Boca, en este rincón marinero donde han levantado su hogar —y para siempre, lo sabe— tantos de esos hermanos que han hallado en este suelo, en verdad, su *seconda patria.*

¡La Boca! "Un turbio brazo del río penetra entre las casas y forma un puerto sucio, lleno de goletas y bergantines de carga que se llama La Boca".

Y se deja conducir al hábito comparativo. ¿Qué le recuerda La Boca? Le parece que tiene algo de Sampierdarena —ese suburbio de Génova, situado en la desembocadura del Pólcevera— por "la abundancia de ropas de todos colores que se ve en ventanas y balcones, por las habitaciones pequeñas atestadas de gente". O sino, de Chioggia —importante ciudad de la provincia de Venecia que alguna vez (hacia 1379) estuvo en poder de los genoveses— por "el agua casi muerta, en la cual los colores de las embarcaciones se reflejan fielmente".

Cesarina ha visto el color. Entre tantos viajeros curiosos que han llegado a La Boca, Cesarina se ha sentido embrujada —no es exagerada la palabra— por la magia del color. Eran los años en que los pintores ya andaban por el Riachuelo y se entregaban enamorados y solícitos a la búsqueda de las policromías infinitas en sus alianzas de matices que surgían a lo largo de las cambiantes horas. Eran los años de las andanzas de Alfredo Lazzari y sus jóvenes discípulos, los años de Santiago Stagnaro, de Pío Collivadino, de Benito Quinquela Martín, de Juan de Dios Filiberto, del *Bermellón*, de tantos afanosos despiertos en las albas y las vigilias del arte.

Deberíamos seguir al pie de la letra a Cesarina, porque Cesarina, con su cintura adelgazada por el corsé —estamos en 1909 y puede colegírsele su uso— y sus zapatos de taco alto, ha pisado el empedrado de las calles boquenses, y aunque dificultosamente, porque es mujer de elegancias europeas y no renuncia a su atuendo *dernier cri* se interna en casas y conventillos, se para en las esquinas del barrio, camina por el paseo ribereño que es la explanada de Pedro Mendoza. Y de todo este trajinar obtiene comprobaciones que luego deposita en las cuartillas que el volumen recoge: "Vista desde la calle y desde el puerto, La Boca es una ciudad italiana; vista desde el tren, se parece a una reunión infinita de cabañas de jitanos, en un campo de feria". Y esto: "La Boca llama la atención de toda persona curiosa. En los angostos balcones, las mujeres trabajan, los niños juegan, se balancean algunas jaulas de canario; ante las escalerillas en los patios fangosos, que tienen dos metros de lado, las gallinas picotean...". O esto: —y por último me decido a abandonar la compañía de Cesarina— que es un aguafuerte de bien logrados rasgos: "...en aquellas casitas hay un continuo charloteo de personas, un rumor de llamados, de salidas, de gritos, de altercados, sostenidos en lengua genovesa". Y aun se pregunta —y tiene la respuesta al alcance— "¿Quién no habla genovés en la Boca? Se esparce por el aire un olor agudo de aceite y farinata, un olor de pesto ligur..."

¡Adiós, Cesarina!, boquense por identificación con el ambiente y por comprensiva intimidad, desbordante de buenos afanes

para el lugar que le ha brindado a cada paso la añoranza itálica. Un día volveremos al diálogo amistoso con el romántico perfume de tu recuerdo. Y entonces te hablaremos —llevados de la mano por los etéreos influjos de la afinidad— de las abuelas que divisaste, sin duda, sentadas a la generosa sombra de la higuera en los viejos patios que evocó con su amor al terruño —que fue en él distintivo y esencia de su poesía— Francisco Isernia. Y entonces emergerá la grata estampa, con el fondo de sus paredes de color de pátina y los seres de cabellos grises que cruzan el escenario de aquel ayer al que todavía nos aproximamos —está latente— a través de las evocaciones melancólicas de los sobrevivientes del Centenario. Algunos de ellos, quizá, te saludaron al pasar cuando tu andabas por las trasegadas calles boquenses. Como esa que se llamaba Colorado [44], y se ha quedado, ahora, demorada en una de las páginas de tu libro, para ofrecernos el testimonio gráfico de una Boca del Riachuelo que palpita en las entrañables memorias de quienes, como tú, vinieron a descubrirla, a conocerla, a comprenderla. O sino, solamente, a buscar en ella el solaz pasajero de las visiones exóticas.

[44] Actualmente lleva el nombre de *Agustín R. Caffarena*, ciudadano del barrio boquense dedicado a la educación popular. En 1908 publicó *Función social de la escuela*, obra donde se registran importantes antecedentes sobre las iniciativas destinadas al desarrollo de la cultura en La Boca.

BIBLIOGRAFIA

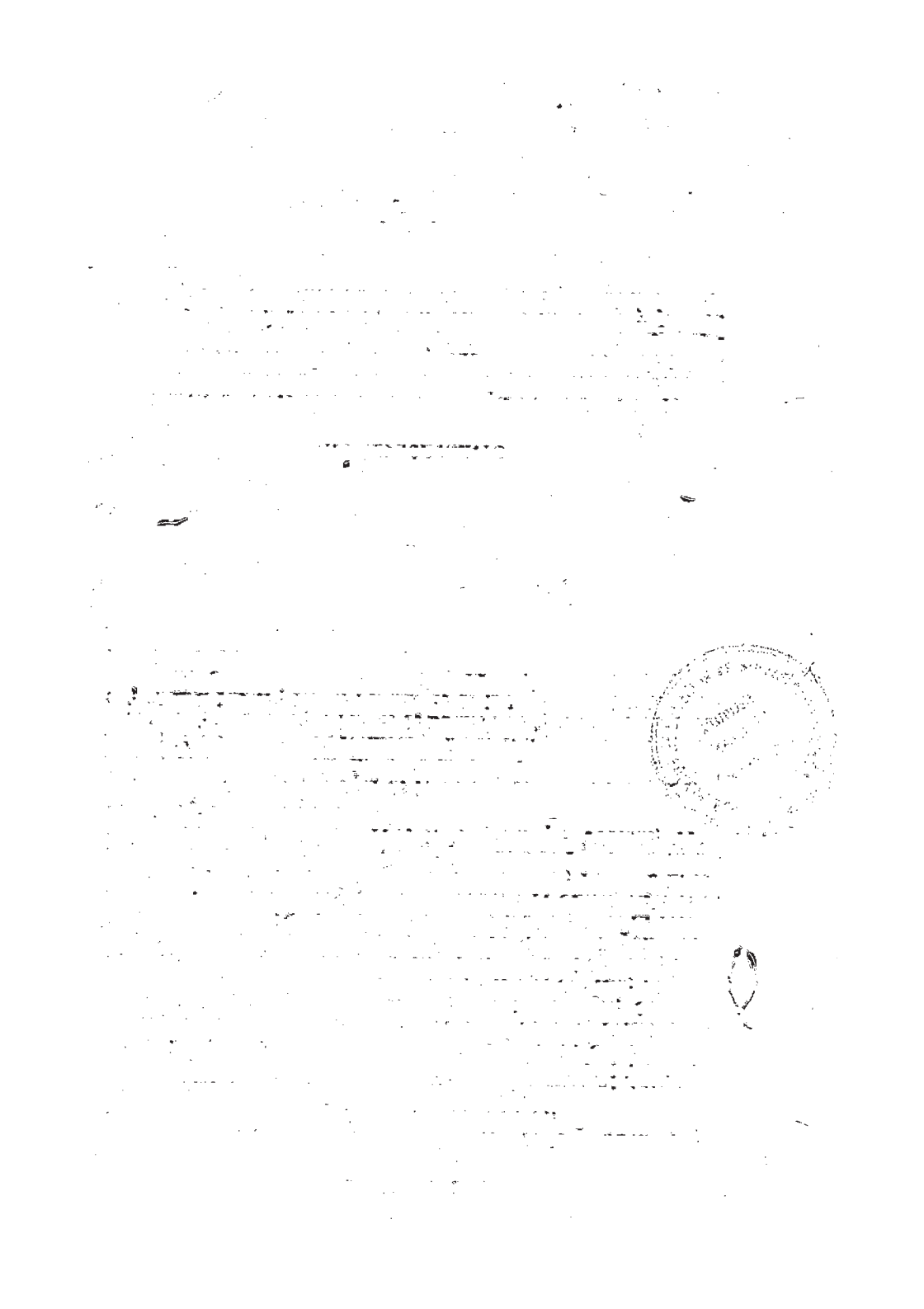
Para la redacción de esta obra se han consultado publicaciones periodísticas, folletos, libros y fuentes documentales de:

Florentino Ameghino; Edmundo de Amicis; Marcos F. Arredondo; Juan E. Belza; Lina Beck-Bernard; Manuel Bilbao; José M. Brignone; Ismael Bucich Escobar; Antonio J. Bucich; Agustín R. Caffarena; Juan Canter; Aníbal Cardoso; José Ceppi; Fernando A. Coni; Nicoló Cúneo; Francisco Dávila; Ruy Díaz de Guzmán; Raúl E. Entraigas; Constancio Fiorito; Manuel Gálvez; Enrique de Gandía; Aníbal Garreton; Alejandro Gillespie; Eusebio R. Giménez; Luis Roque Gondra; Paul Groussac; Tadeo Haencke; Tomás J. Hutchinson; Arsenio Isabelle; Cesarina Lupatti Guelfi; Xavier Marmier; William Mac Can; Eduardo Madero; Raúl A. Molina; Antonio F. Molinari; Juan José Nágera; Marcelo F. Olivari; Roberto F. Pedrazzini; Fernando Resasco; Agustín Rivero Astengo; Francisco L. Romay; Francisco Scardin; Jorge F. Sergi; Juan A. Soldani; Antonio A. Torrasa; Alfredo Taullard; José Torre Revello; Enrique Udaondo; Ulrico Schmidel y Rómulo Zabala.

Actas del Concejo Municipal de la Ciudad de Buenos Aires; Memorias de la Intendencia Municipal de la Ciudad de Buenos Aires; "El Ancla"; "La Tribuna"; "El Nacional"; "La Nación"; "La Prensa"; "Vida del Ateneo"; "O Balilla"; "El Argos de Buenos Aires"; "La Gaceta Mercantil"; "British Packet"; Primer Almanaque de la Imprenta del Siglo, 1867; Gran Guía General de Comercio, 1874; Informes; Memorias; Revistas; Periódicos de La Boca del Riachuelo.

AGRADECIMIENTO

El autor agradece la colaboración que para la realización de este trabajo de evocación boquense le han brindado, con diversos aportes bibliográficos, referencias, documentos y otros elementos de valor los señores Domingo Abattangelo, León Benarós, Alfredo Cánepa, Benito Quinquela Martín, Juan de Dios Filiberto, Francisco L. Romay y Juan A. Soldani y la Sra. Dolinda Parodi de Berretta, a cuya memoria tributa su homenaje.



CUADERNOS DE BUENOS AIRES

I

JOSE TORRE REVELLO

EL NOMBRE DE BUENOS AIRES Y SU SANTO PATRONO

II

R. DE LAFUENTE MACHAIN

EL BARRIO DE LA RECOLETA

III

JUAN ANTONIO

XILOGRAFIAS PORTEÑAS

IV

JUAN JOSE NAJERA

PUNTAS DE SANTA MARIA DEL BUEN AIRE

V

JOSE LUIS LANUZA

PEQUEÑA HISTORIA DE LA CALLE FLORIDA

VI

JOSE JUAN MARONI

EL BARRIO DE CONSTITUCION

VII

ANTONIO J. BUCICH

EL BARRIO DE LA BOCA

VIII

FRANCISCO L. ROMAY

EL BARRIO DE MONSERRAT

IX

LUIS SZALAY

IMPRESIONES DE UN INMIGRANTE

X

R. DE LAFUENTE MACHAIN

EL BARRIO DE SANTO DOMINGO

XI

RICARDO M. LLANES

RECUERDOS DE BUENOS AIRES

XII

EVOLUCION URBANA DE BUENOS AIRES DESDE SU FUNDACION HASTA 1910

XIII

ALBERTO GERCHUNOFF

BUENOS AIRES, LA METROPOLIS DE MAÑANA

XIV

ANTONIO J. BUCICH

LOS VIAJEROS DESCUBREN LA BOCA DEL RIACHUELO

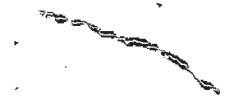
XV

BUCICH - CARPENA - DONDO - LLANES - J. P. SAENZ

LA AMISTAD DE ALGUNOS BARRIOS

(LOS CUADERNOS NUMERADOS DE I A IX ESTAN AGOTADOS)

Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires
BIBLIOTECA "ESTEBAN ECHEVERRIA"

BIBLIOTECA MUN. E. ECHEVERRIA - PERU 130

"Los viajeros descubren la Boca del Riachuelo", decimocuarto número de la serie *"Cuadernos de Buenos Aires"*, se acabó de imprimir en la Imprenta DEL ATLANTICO, Avenida Emilio Castro 7598, el día 25 de agosto de 1961.